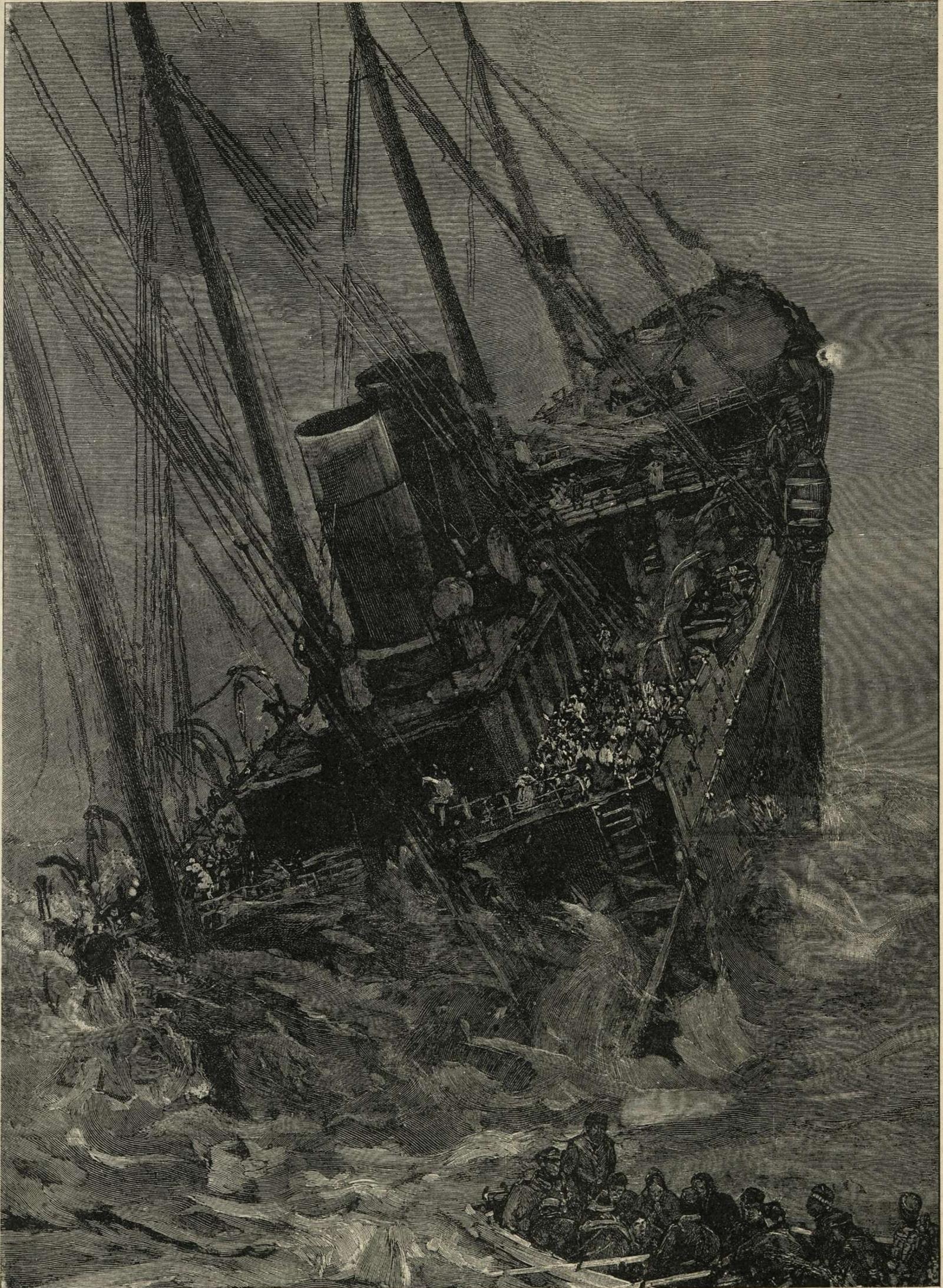


# EL MUNDO.

TOMO II.

MEXICO, JULIO 10 DE 1898.

NUMERO 2



Las catástrofes del mar.—El naufragio.

*(Véase el texto en la explicación de nuestros grabados.)*

## LA SEMANA

**SUMARIO.**—El naufragio de "La Bourgogne."—600 víctimas.—Las perfidias del mar.—Peligros de la civilización.—Quiénes deberían naufragar.—Gomosos impertinentes.—Corsarios callejero.—A la cárcel!—Qué es el danzón y cuales sus efectos.—Wagner grotesco.

La nota siniestra de la semana ha sido el naufragio de «La Bourgogne», magnífico buque palacio de la Compañía Transatlántica francesa. Pocas catástrofes marítimas asumen tan vastas proporciones y ofrecen en holocausto á no sé qué divinidad sanguinaria tantas y tan preciosas vidas. Tripulado por docientos marinos, el «Bourgogne» salió de Nueva York el sábado 2 con seiscientos treinta y un pasajeros á bordo. Girándolas y banderolas al viento, humeante la chimenea, circundado del blanco vapor que dejan escapar las válvulas, resonantes sus agudos silbatos de maniobra, hendiendo majestuoso las ondas bajo el aleteo de los pañuelos agitados en señal de despedida, majestuoso é imponente, deja el vapor el puerto, lleno de confianza en sí mismo, seguro de esquivar las asechanzas del océano, dadas sus superiores cualidades náuticas, cierto de evitar el escollo y el arrecife bajo la dirección de experimentado piloto y de entendido capitán. El *pasaje* parlotea sobre cubierta, se desparrama en todos los departamentos para visitar su transitorio alojamiento, las damas reclinadas en sus *chairs ses longues* leen, charlan ó contemplan el horizonte con pupilas tan profundas y azules como el mar; una brisa dulcísima y discreta riza las olas y las corona de copos de espuma que á lo lejos parecen rebaños de ovejas pastando en una pradera de zafiro. Todo anuncia la más feliz de las travesías y las primeras horas se pasan alegre y confiadamente. El naufragio propiamente dicho, el buque sacudido por el huracán, desmantelado por la ráfaga, despedazado por la marejada es cosa poco menos que imposible; temíanlo y con justicia, las carabelas de Colón, las cáscaras de nuez de Vasco de Gama, las *tragineras* de Magallanes; los transoceánicos modernos, grandes como catedrales, veloces como saetas, contruidos de acero, dueños de su itinerario, gracias al vapor luchan ventajosamente por su masa y por su poder, contra las desencadenadas furias del mar y para ellos no existe casi ese género de naufragio. Pero otro género de peligro no menos grande y más traidor y alevoso, la colisión, el choque, los amenazan, tanto más destructores cuanto mayores son sus masas y su velocidad; gracias á ellas el navío se burla del mar; pero justamente en virtud de ellos los riesgos de la colisión son frecuentes y mayores.

El viejo barco de vela, asno de carga en el mar, lento, de poco volumen y de poca masa, caminando cuatro ó seis nudos por hora, chocaba rara vez con otro buque y ese choque parecía una caricia. Los vapores modernos son verdaderos y colosales proyectiles y su choque es un aplastamiento; animados de la velocidad de tren expreso y desalojando miles de toneladas, sus embestidas son formidables y en general aniquiladoras para uno y otro. A este, hasta hoy inevitable accidente, sucumbió «La Bourgogne.»

Después de algunas horas de feliz travesía, el lunes, á la madrugada, descansaba tranquilo y descuidado todo el pasaje; solo el capitán velaba. Una niebla inesperada é inoportuna limitó de repente el horizonte, y el buque comenzó á caminar á tientas; de súbito un gran ruido á proa y luego un choque formidable, tremendo, despertó á los pasajeros y tripulantes; era un buque inglés, el «Cromartishire», que había abordado á «La Bourgogne»; gritos, confusión, pánico indescribible; los pasajeros, medio desnudos, hirsuto el cabello, cadavérico el semblante, trémulos los miembros, mudos de terror los unos, delirantes y clamando al cielo los otros, suben á cubierta en busca de salvación; las tripulaciones lanzan al mar los botes y comienza el salvamento; el pasaje se precipita en tumulto á las barcas; los hombres más vigorosos y arrojados se abren paso á través de las mujeres suplicantes y de los niños llorosos y ocupan las embarcaciones; sólo encuentran en ellas refugio doscientas personas, y sólo una mujer, madame Lacase, fué heroicamente salvada por su esposo, pereciendo todos los demás.

Terribles decretos del destino! La civilización, que es una lucha heroica y secular contra la fiera en el bosque, contra el salvaje en la montaña,

contra el hambre, la desnudez, la miseria, la enfermedad y la muerte, el peligro y la asechanza en todas sus formas, crea ella también peligros y cava fosas para cegar sepulcros.

\* \*

Si al menos el destino supiera escoger sus víctimas! Yo en su caso hubiera tripulado y poblado «La Bourgogne» con esa infinidad de gomosos desocupados, de Tenorios cursis é imberbes, Lovelaces de La Preparatoria y de la Normal de Varones que se han creado una especialidad de chulear y galantear en las calles á las jóvenes, y que llevan su audacia hasta importunarlas de obra, tirándolas del chal y tratando de abrazarlas ó besarlas. Días pasados presencié una escena en el Empedradillo: tres jóvenes, Nebrija al brazo y tacón carcomido, pero *decentes* bajo sus jaquettes *deslabazadas*, perseguían á una jovencita que pasaba, acompañada de una anciana; chuleos, flores de migajón, galanterías de biblioteca pública, y luego, asedio en regla, circunvalación y bloqueo de aquellas infelices contra el aparador de una sedería; ya llevaba uno de los perseguidores su mano sacrilega á la sonrosada mejilla de la joven, en son de caricia, cuando la aparición del gendarme del punto á retaguardia de los asaltantes, los puso en precipitada y vergozosa fuga.

Estas costumbres degitano y de andaluz, estos malos hábitos de berberisco son una mancha en nuestra cultura y un lunar en nuestra civilización. Esa sádica juventud se imagina apenas cuantos siglos de atraso revela su incivil comportamiento y como, decente é ilustrada como cree ser, se parangonea con los pueblos menos cultos de la tierra y con las clases menos pulcras de la sociedad. Dejemos al *jicarero* que tire del rebozo y dé empellones á la *recamarera*; disculpe-mos en el recluta sus amagos de hecho á la nodriza; toleremos al pelado que retoce de manos con la soldadera; pero levita obligo y los que la portamos séamos decentes, correctos, pulcros para no deslustrarla y para ser dignos de ella.

Y al menos el hombre del pueblo no galantea, ni acaricia ni ofende, sino á la mujer del pueblo; el jovencito decente es doblemente criminal porque es ambidiestro, porque gusta del rebozo y también de la palerina y tanto le da ponderar el contenido de la babucha como el de la bota americana.

Un día de estos se le ocurre al señor Gobernador un decretito de represión, y ya verán esos audaces si como roncan duermen; entre tanto, la iniciativa privada puede mucho, y para acabar con ese vicio, basta practicar la virtud tan generalizada en la Europa culta de constituirse cada hombre en defensor de las mujeres, lo mismo de las propias que de las extrañas, y en castigar de obra á los atrevidos, consignándolos después á la autoridad competente. Una noche de Comisaría puede apagar esos ardores tropicales, propios de los juveniles corazones mexicanos.

\* \*

En punto á espectáculos estamos bien; son suficientes en cantidad y los hay aceptables en calidad. Tenemos á Niobe, digo á Virginia Fábregas, en Arbeu; á Rosario Soler y á la Obregón en el Principal; á Elisa de la Maza, en Hidalgo y á Chole Goyzueta y Beatriz Franco en el Nacional. Independientemente del espectáculo, estas bellezas son ya bastantes á atraer un público tan esencialmente esteta como el nuestro, y si á sus incontables gracias personales se une su nada despreciable mérito artístico, se comprende que no hay más que pedir.

La Compañía de Opera Mexicana ha tenido un éxito completo, y bastante merecido por cierto. Chole Goyzueta es una cantatriz académica, correcta, un poco fría acaso, pero de una excelente escuela y dotada de una voz deliciosa. No es en la ópera, sino en la zarzuela donde esta artista está fuera de su centro, y si es lástima que las condiciones del medio la hayan obligado á abordar el género chico, es sorprendente que no se haya viciado y que conserve aún sus medios en el género noble. Beatriz Franco tiene el temperamento, el alma, los ojos y la voz de una artista; y una poca de experiencia acabará por hacer de ella una mezzo soprano envidiable. Vigil se ha crecido prodigiosamente al castigo y ha aprendido á decir con ternura sus romanzas, con entusiasmo sus *allegros* y con fuego sus duos de

amor, y tiene además el mérito adicional de haber luchado con una voz desapacible, rebelde y poco poderosa, de la que saca en la actualidad un gran partido.

Pero el espectáculo de novedad y de actualidad son los bufos cubanos; no porque los artistas valgan la pena ni el repertorio tampoco, sino porque una orquesta *de color* toca danzones. ¿Qué es el danzón? Es la orgía puesta en música. Aquello excita, provoca, entusiasma; escuchando aquella música turbulenta dan ganas de reír, de gritar, de bailar y á ratos hasta de llorar. Rugen los trombones, atruenan los timbales, tocan generala los pistones, silban los clarinetes, rechinan los violines y crujen los contrabajos. Aquello es un cafarnaun delicioso, que, como las coquillas, deleita y atormenta, y como la tempestad, aturde y entusiasma.

Y luego, esa música es música del porvenir; los ritmos estravagantes y encontrados, la modulación á todo trance, la melodía vaga, indecisa, indefinida, la polifonía llevada á los últimos límites; nunca el canto, cuando es discernible, apoya en los tiempos firmes del compás; la frase comienza siempre con una aspiración, se adelanta ó se retarda un punto; cuando el acompañamiento lleva compás binario el canto sigue un tiempo ternario, los tresillos acompañan á las corcheas y de en medio de aquella confusión contrapuntística y armónica, se destaca á ratos, ya una endecha tiernísima, ya un suspiro melancólico, ya un lamento desgarrador que conmueve hasta las lágrimas y que remueve los dolores adormecidos.

Digámoslo de una vez, el danzón es música de baile escrita por Wagner; un Wagner grotesco y bufón; pero entusiasta, poderoso y genial. Es el romancero de un pueblo primitivo y ardiente; canta sus alegrías y sus dolores con sinceridad, con lealtad, tales como los siente, sin preocupaciones técnicas, ni escrúpulos académicos. Y para que ninguna singularidad falte á esa música, es una música autónoma, en la cual sobre un *canevá* simple y casi puramente armónico el ejecutante borda lo que le place, expresa lo que siente, pone adornos y arabescos y ostenta su propia y genuina personalidad. Por eso está original y tan variado. Entre el danzón escrito y el ejecutado media un abismo; aquello, que comienza por no parecerse á nada, acaba por no parecerse á sí mismo; cada vez que se repite es otra cosa sin dejar de ser lo mismo; es la unidad en la variedad, el sueño dorado de los tratadistas de estética. De esta autonomía del ejecutante da idea el siguiente hecho: La primera vez que hace años oímos un danzón nos acercamos al director de orquesta y le suplicamos nos dijera si podíamos encontrar esa música en los repertorios.—*No señor*, nos contestó con su gracioso acento de ne grito catedrático *¿y Uté no zabe como tocamos lo danzone? Pue le digo á lo muchacho: Danzón! y cada cual jala po donde púe.*

Por manera que en la imposibilidad de tocarlos, no habiendo más recurso que oírlos, hay que ir á darse esa rara emoción á los bufos.

López I.

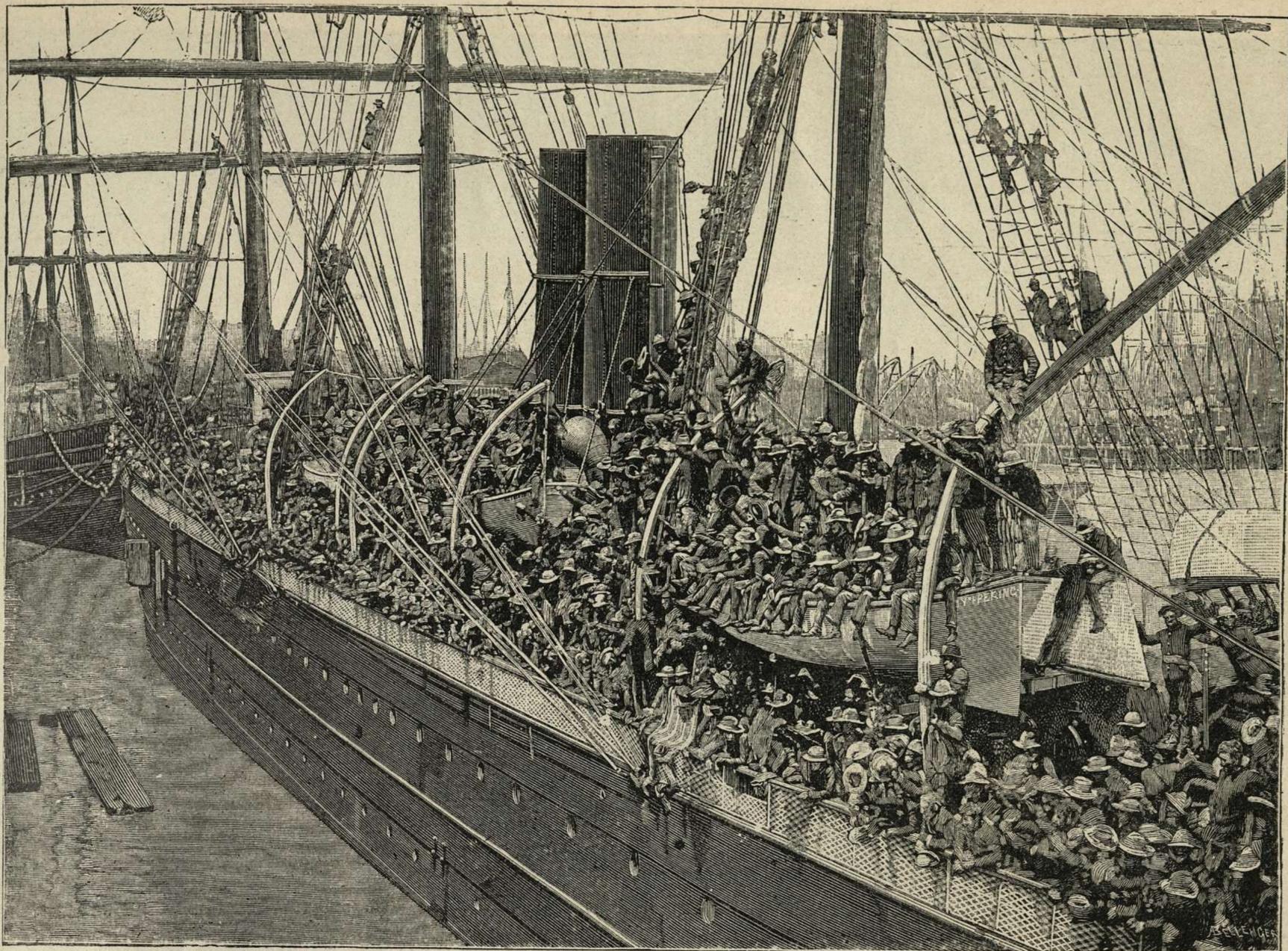
## En Tierra Yankee

NOTAS A TODO VAPOR

ARTE-¿ARTE?

Claro es que yo sabía que era una maravilla. Los hombres de mi generación nos creamos viendo en las ilustraciones como *El Correo de Ultramar* (Vivirá todavía este viejo y divertido amigo?) reproducciones en estampas de algunos cuadros de Rembrandt que nos parecían, v. g.: *La anunciación á los pastores* muy extraños: feas las figuras, anacrónicos los trajes y maravilloso ese bloque de sombra de donde surgía esa gran luz; los hombres de mi generación, ya jóvenes, leímos mucho á Taine y *Les maitres d'autrefois* de Fromentin y sabíamos por supuesto quién era Rembrandt... leído; yo supe algo más de este caballero, porque Valentín Uthink tenía una colección sin par de reproducciones de las agua-fuertes del artista holandés y nos pasamos muchas mañanas dominicales oyendo misa en aquel misal divino. ¡Oh! primavera, tú la que vuelves ¡ay! la que no vuelves...!

Luego he visto ediciones completas de las obras de Rembrandt excelentemente fatograbadas, y la *Lección de Anatomía* y *La ronda nocturna* y diez ó doce retratos suyos, son para todos los aficionados al arte tan familiares, que basta cerrar los ojos para verlos detalladamente en blanco y negro. Yo no había visto nada, me olvidé de todo, cuando vi aquel *retrato de un*



UN TRANSPORTE DE TROPAS AMERICANAS ZARPANDO PARA MANILA

hombre; hace el efecto de una súbita descarga eléctrica, me sentí *yugulado*, quiero decir, que la impresión que sentí fué aguda y dolorosa, como si me agarrasen por la garganta y me echasen por tierra; quiero decir, que me pareció que todo lo que había admirado en aquellas salas, eran ensayos firmados por nombres famosos; que en aquel momento se me revelaba el arte en toda su potencia: que aquella cabeza saliente en rojo de una sombra negra hecha de átomos de luz neutralizados, se llegaba al no más allá de la realidad y de la idealidad, porque aquella cabeza vivía una vida intensa en su serena indiferencia de burgomaestre cualquiera y era claro que sólo quien tuviera facultades excepcionales, únicas para ver la realidad hasta en sus más recónditos elementos de color y de línea, lo cual es el realismo, y sólo quien para hacer ver á los demás lo que él veía con ojo maravillosamente conformado, por medio de la iluminación pasmosa de una mancha en la sombra, lo cual es el idealismo, lo cual es la poesía, podía producir el efecto que este hombre produce.

Fromentin dirá á ustedes cuál es el secreto de este procedimiento, de qué colores y de qué artificios se valía este señor para obtener tal ó cual efecto, cuáles fueron los errores y los defectos de la *Ronda nocturna* y de... Yo no sé, yo no podía ver, ni discernir, ni encontrar nada. Taine mostrará á ustedes cómo este *vidente*, es decir, que veía en la naturaleza más allá de lo que los otros ven, que veía la tiniebla como los nictálopes, es el resultado de una raza, de un medio y de un momento, pero viéndolo frente á frente, no pensareis ni en la raza, ni en el medio, ni en nada de esto; sentireis que os traga la vista, querriais abrir desmesuradamente los ojos para ver más ó reducirlos á un punto para concentrar más la visión y descubrir vivo al artista en las profundidades de su obra y otras tonterías de este jaez.

En verdad que no sirvo para crítico de arte, *je m'emballe* con mucha facilidad; Brunetiere, un domine de endiablado talento y que navega siempre en mares tempestuosos muy bien lastrado de erudición y de odios literarios (que son impecables) dice que sólo los artistas, los conocedores a fondo de la técnica, pueden juzgar una obra de arte; si juzgarla (pero gustarla ó nó? Parece que el arte es algo esotérico que sólo los iniciados pueden comprender; entonces pierdes tus ligas con la humanidad y resultaría estéril; además esta teoría llevaría á esta otra: sólo el artista es capaz de juzgar sus obras, porque sólo él conoce exactamente sus medios y sus fines... No señor, el arte puede revelarse á cualquiera; cualquiera, con tal que no signifique esto un excomulgado de la civilización, puede entender lo que un artista quiso decir con su *partitura* ó con su cuadro, y puede traducir el idioma del artista en su idioma propio y eso es crítica de arte... También aquí *je vais m'emballer*.

Do: ó tres retratos de hombre, uno de mujer, un

paisaje vivo como si fuera también un retrato de hombre. tanta isonomía, tanta personalidad, si puede decirse así ha sabido comunicarle el pincel de este brujo que dicen que pintaba con cuatro quintas partes de sombra y una de luz; un cuadro místico en que la claridad materialmente fulgura y estalla y ciega; tal es Rembrandt en el museo neoyorquino. Me despedí dándole cita para Anvers; no sé si le besé la mano, allí estaba; viendo sus cuadros se siente su presencia. — Y después nada quise ver ¿cómo tuve valor para ver y admirar á otro, á un compatriota y contemporáneo de Rembrandt, á Franz Hals? No sé. sé que es también admirable; hay allí de él. un Fumador y un retrato de señora, la señora Franz Hals nada menos, que son buenamente maravillosos. La luz bajaba; solos Perico y yo vagábamos por los salones, las figuras de los cuadros salían á pasear en aquella penumbra misteriosa; nos las encontrábamos por todas partes, estaban dentro de nosotros probablemente, pero las exteriorizábamos y las veíamos discurrir ante nosotros. ¿Cómo ese mofoletado holandés retratado por Rembrandt estaba más delante de mí que Napoleón que desde hace un siglo está en todas partes? No sé, así era.

Debíamos de tener el mismo modo de mirar admirado, pero no sorprendido, de esta Juana d'Arc de Bastien Lepage (un gran artista muerto en flor) que vislumbra entre los árboles los espectros un poco macizos de sus santas y de San Miguel, armado como ella quisiera verse... Antes de salir de estas inolvidables galerías después de seis horas de contemplar, de mirar, de ver y de entrever, lo que sólo en veinte ó treinta sesiones podría hacerse con fruto, nos detuvimos unos cinco minutos, los últimos, frente á un cuadro "estudio de una vaca" decía el catálogo. Una purísima obra de arte...

\*\*\*

Pasamos, á todo correr, por un salón de instrumentos musicales, nada notable; algunos de los que llaman con infernal osadía instrumentos musicales los viajeros que los recojen en la Oceanía ó en el Africa austral, muy curiosos; allí vimos los famosos *bobres* de Madagascar. He aquí por qué son famosos:..... ¿Pero habéis leído una poesía de Leconte de Lisle que se titula *Le Manchy*?

Sous un nuage frais de claire mousseline  
tous les dimanches au matin.  
Tu venais á la ville en manchy de 10tin  
par les rampes de la colline.

¿No? Pues no podéis saber, lectores, por qué los *bobres* merecen nuestro respeto.

Colecciones de armas; espléndida, literalmente espléndida. Luego pasamos por los salones de cerámica china. Sólo ellos merecen una larga visita al Mu-

seo; por sólo ver estos vasos, estos esmaltes, estos rojos, estos azules, estos verdes, que parecen turquesas y esmeraldas convertidas en pastas fluidas para teñir las porcelanas con un pincel de oro porque todo por sus reflejos metálicos parece que tiene fondo de oro. La luz moribunda espejeando el vientre de un tabor color de sangre ó marcando con rasgos de fuego las aristas de estos vasos; ó las curvas indeciblemente fantásticas de las asas de estos tazones que parecen tallados en un trozo de mar cristalizado en un bloque de zafiro, nos retenía, nos cautivaba, ya no queríamos salir de ahí... Salimos; un gran viento frío nos saludó con un abanicazo en la cara, al pisar los umbrales del Museo. Las copas de los árboles temblaban nerviosas, llorando sus hojas de Otoño que las ráfagas arremolineaban en la escalinata blanca. El obelisco se enderezaba en una agonía de oro tenuemente rosado del crepúsculo. Tristes sin saber por qué, silenciosos, sin saber hasta cuando, erizada el alma con el calofrío de los deseos insaciados é insaciables volvimos á pié á las calles grises de la Ciudad

\*\*\*

La visita al Museo me había dejado neurasténico; puesto frente á frente de una langosta blanca y tierna en su envoltura nacarada de dragón mitológico permanecí inapetente; y no eran las reminiscencias pictóricas las que me *obsediaban* (feo y antiacadémico verbo) sino los cacharros y tibores de la chinería que acabábamos de entrever; comprendía en aquel momento cómo algunas niñas chinas que pierden á sus amantes, se consagran al amor de uno de estos vasos de esmalte rojo que parecen un ensueño auroal. Un poco de champagne glacial y seco me volvió en mí y me dió fuerzas para recorrer la Via Apia (abundaba el apio en la mesa) que separaba la langosta del café negro; estuve á punto de encender un puro y medio mareado sólo con ese conato, tomamos un *cab*, fuimos á un teatro cualquiera, nos aburrimos de lo lindo y una hora después encallábamos en una casa de personajes de cera; otro museo y otro arte.

Allí están todos: exceptuando todas las celebridades mexicanas, que aun no son universales, á pesar de ser de la misma pasta que las que lo son, allí están todos; soberanos y medio soberanos, como la reina Victoria y el Emperador Guillermo y como M Faure y el Príncipe de Gales. Algunos muy bien; algunos están hechos á propósito para ser reproducidos en cera: este joven Kaiser alemán, p. e.; la rigidez del uniforme, de la actitud, van muy bien con la inmovilidad de la estatua; á los otros quisiera uno hacerlos andar, hablar, mover los ojos, á éste no. Este está bien así, con los ojos fijos como un sonámbulo, aborto en la contemplación de una visión interior, tragado -si pudie- decirse -tragado por su propio ensueño. Es un hombre febril, un neurótico, hijo de una apasionada del arte,



El Tiziano y su hija

y de un apasionado de un ideal santo de libertad y de justicia; activo, dinámico diremos, como él solo; pero sometido á repentinos instantes de *alto* en que la actividad física se trasmuta en fuga mental hacia los paraísos de la ilusión y del deseo. Este correctísimo oficial, este impecable diplomático, desempeña admirablemente un papel; en el fondo es un poeta místico que se reserva y que espera: cree en su misión de provendencia social en Alemania y en la misión de Alemania en el Universo; es de la raza de los Otto III, de los Enrique el Negro, de los dos grandes Federicos del duodécimo y décimo tercer siglos, soñadores de hegemonías continentales adoradores de su absolutismo y creyentes en el carácter religioso de sus grandiosos y efímeros señoríos. A mí me gusta mucho este Emperador Guillermo; creo que tiene algo que decir ante la historia y que espera su cuarto de hora. ¿O no, ó no tendrá nada dentro y la enfermedad moderna de ver en todo símbolos, nos hace convertir en esfinge á un joven soldado de parada? ¡Quién sabe!

Este otro personaje sí que no es esfinge y está, por cierto, perfectamente retratado. Cleveland que conversa amigablemente con S. M. la Emperatriz de las Indias rodeada de su augusta y copiosa familia. Mr. Cleveland, también es de una gran raza; de la de los hombres justos y buenos que fundaron la Unión Americana [ ]

Un gran período militar y guerrero, en que sobrenadan las codicias y los apetitos de dominación y explotación de las conquistas, en este pueblo repleto de energías de incalculable potencia traerá consigo un cesarismo más ó menos disimulado, pero seguro, y este es quizás el secreto *desideratum* de un gran grupo de políticos de aquí; ya no preponderan los hombres que rechazaron la anexión de la isla de Santo Domingo; ahora los que quieren anexar el archipiélago de Hawái son los *que tienen el oído* de esta gran república. Cleveland será uno de los pocos hombres capaces de hacer escuchar los consejos de un honrado y noble amor á la libertad en un pueblo ebrio de fuerza y de gloria y poseído de la conciencia de su misión de constituir en la tierra un *pueblo standard*—un pueblo tipo, conciencia heredada de sus fundadores puritanos.

Si no puede la nación americana con su peso romper el equilibrio del mundo político, puede llegar á hacerse temer de Europa y tener inmóvil á la América latina ante la boca de sus cañones monstruos, pero esa será la víspera del desmembramiento. Mas dejémoslos de la manía de profetizar; lo cierto es que Mr. Cleveland es todo un ciudadano: nadie desprecia como él la popularidad ó la *populacheria*; nadie se ha puesto enfrente de su propio partido y ha arriesgado su jefatura democrática, no por orgullo ni por capricho, sino por no faltar á lo que él creía su deber; esto se llama ser un hombre; los demás son los titeres, cómicos ó trágicos, de la historia.

Abominables, en la más absoluta comprensión del vocablo, todos estos artistas, los Wagner, los Listz, los Verdi y los poetas V. Hugo, A. de Musset y los sabios y los filántropos y los . . . . y todos. . . . ¡oh! más caricaturas cadavéricas en cera vieja.

[\*] Esta nota fue escrita en los días en que comenzaba á tomar cuerpo el sentimiento evidentemente popular, pero fomentado rabiosamente por la prensa que hoy se llama *amarilla*, de que era necesario arrancar Cuba á España, y los instintos bélicos y conquistadores de la *democracia yankee*, hacia tiempos dormidos, empezaban á despertar; han despertado ya; cuándo volverán al sueño?

Abajo, en los subterráneos, escenas de crimen y de muerte. Carlota Corday, María Antonieta, una señora despidiéndose de su hijo que van á ahorcar, un hombre matando de un hachazo á un negro que ha matado á su mujer y á su hijo dormidos. La escena reproducida con sus detalles más minuciosos, resulta de un realismo hondamente dramático y espeluznante; y en la media luz verdosa de aquel frío sótano, siente uno impulsos de huir. Esto encanta á las señoritas que abundan siempre en esta lúgubre estación, ávidas de emociones fuertes, *diletantas* (¡qué palabra, mi querido Balbino!) *diletantas* puras (ó impuras). Arriba, en el primer piso alto, un autómeta gana á todos los que juegan con él, pero gana indefectiblemente, los partidos de ajedrez. Me ganó á mí, que si no soy el primer ajedrecista del mundo, si he jugado ocho ó diez veces, sucumbiendo con gloria en todas ellas.

En un departamento en que se ven, y no se admiran, los episodios finales de la guerra de Secesión (muchos fieltrosos negros, muchos zapatazos y botas empolvadas, muchas levitas azul-oscuros, desabrochadas como la de Grant ó perfectamente ceñidas bajo la barba gris, como la de Lee) un guardián dormía sentado en una banca; una familia de burgueses, de *payos*, como aquí decimos, que por primera vez visitaba el establecimiento, reunida en un conciliábulo animado, magüer que en voz baja, discutía este problema: aquel guardián era *un vivo* ó era un hombre de cera; cuchicheos, risas, pero nadie se atrevía á poner el cascabel al gato; de repente el guardián se despiereza bofetada ruidosamente y se queda viendo atónito á los burgueses: este es Ulises Grant, dice, mostrando la efigie del vencedor de Richmond. ¡Carcajada general! todos creíamos que era de cera el dormido. . . . Pues bien, era de cera; así al menos me lo sostuvo uno de mis compañeros, y á mí cualquiera me hace vacilar con sólo enunciarle la proposición contraria enfáticamente. ¡Ay! sólo sé que nada sé. No era de cera.

¿Y esto es arte, Dios mío? Este es arte como el de Rembrandt van Ryn? Copiar la realidad es el arte puro? El muñequero autor de Cleveland y de Victoria y el retratista del Museo metropolitano, copian, reproducen pasmosamente bien; luego tienen el mismo mérito; vamos, el fotógrafo es superior al pintor; es más exacto.

El arte no copia, interpreta; lee la naturaleza el artista, y traduce su lectura con su alma, con su sentimiento, con su pasión. Ese *Retrato de Hombre* de Rembrandt, es un hombre cualquiera, pero es un hombre vivo y la vida se la comunicó como un Dios el artista, con sólo verlo, con sólo hacer pasar el alma de sus ojos pequeños, comprensivos, fulgurantes (esos ojos de Rembrandt que Rembrandt reprodujo tanto) á los ojos del hombre que retrataba. Y así se comprende cómo el arte, produciendo la sensación de la realidad completa, es decir, de la verdad, produce la emoción de lo bello. Rembrandt se sirve para esto de un simple procedimiento, el contraste de la sombra y de la luz; pinta con una quinta parte de luz y cuatro quintas de sombra. ¿Pero es sombra la suya? ¿O es la luz agregada á la luz, como en el fenómeno de las interferencias? No sé, pero viéndolo, devorándolo con los ojos, digámoslo así, siente uno que la revelación de la vida por el

arte, es el goce supremo. Se siente uno con el deseo de decir á la vida como los apoíneos del gran demente Federico Nietzsche: "te amo, porque tu imagen es bella; eres digna de ser soñada."

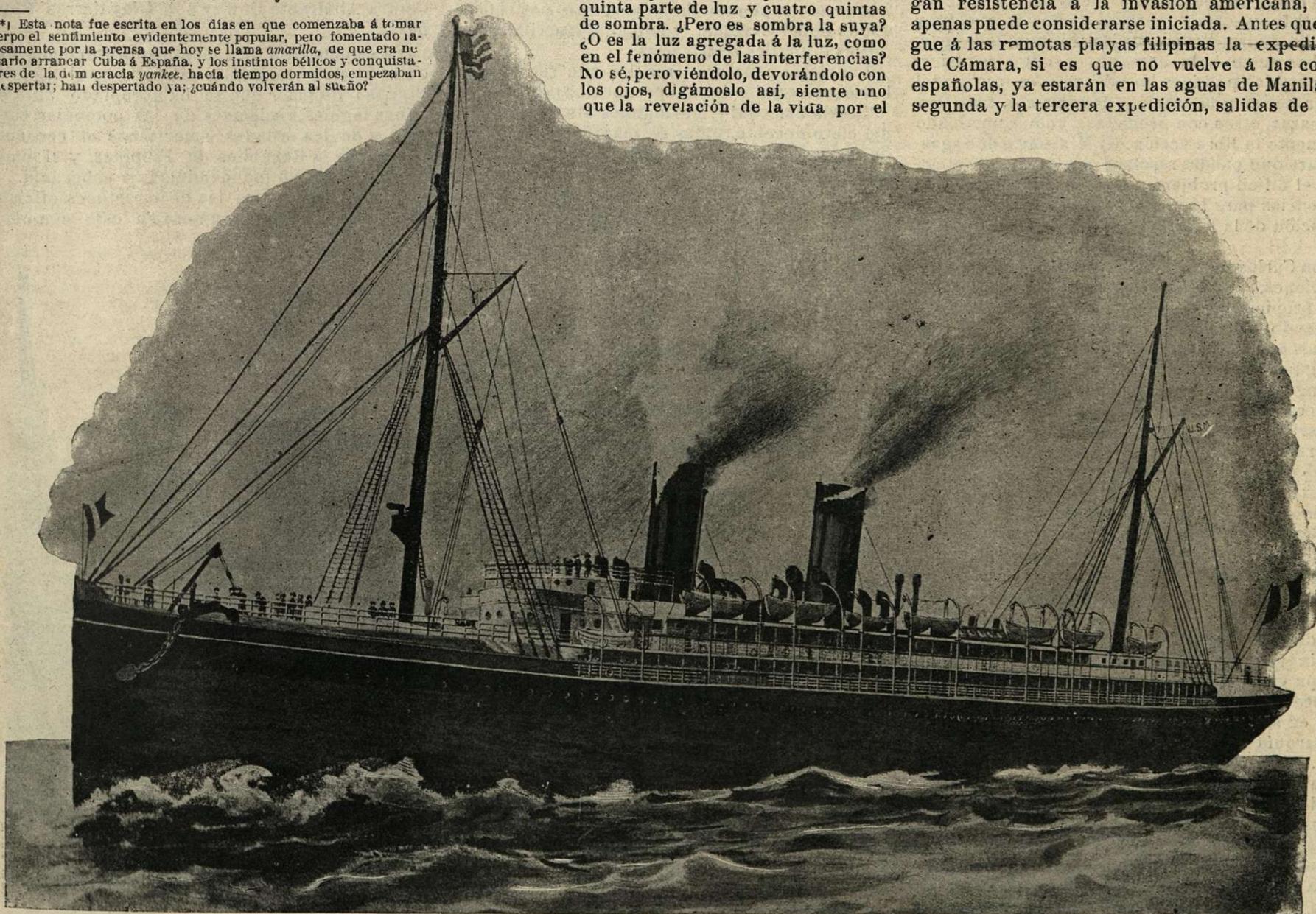
JUSTO SIERRA.

### Política General.

RESUMEN.—LA GUERRA HISPANO-AMERICANA.— EN ASIA, EN AMÉRICA Y EN EUROPA.— AVANCES DE SHAFTER Y DERROTA DE CERVERA.— MOTIVOS DE LA PAZ.— LOS PARTIDOS EN ESPAÑA.— ASPIRACIONES Y DESEOS.— CONSERVADORES VERDADEROS Y REVOLUCIONARIOS CIERTOS.— EL ALMIRANTE CERVERA.— JUSTIFICACIÓN DE SU CONDUCTA.— NO MERECE CENSURA.— LA GRATITUD Y LA VOLUBILIDAD DE LOS PUEBLOS.— EL PORVENIR DE FILIPINAS.— DEWEY Y AGUINALDO.— CONCLUSIÓN.

Después del avance firme y continuado de las tropas americanas sobre Santiago de Cuba, adquiriendo posiciones que dominan la ciudad, venciendo obstáculos y resistencias que opusieron á su paso las fuerzas españolas: después del asedio de la Capital de esa provincia amenazada por fuera con los cañones de la escuadra de Sampson, por dentro por las tropas combinadas americanas y cubanas; las miradas de todos se concentran en aquel punto, todos esperan con ansia el resultado de la campaña, porque de allí depende, en estos momentos, casi exclusivamente, la solución del problema de la guerra.

Rota la escuadra de Cervera frente á las playas meridionales de Cuba; deshechos los principales elementos navales con que contaba España para la continuación de las hostilidades en el mar de las Antillas; prisionero el Almirante Cervera en unión de la mayor parte de sus oficiales y marinos, y caminando rumbo á Filipinas la escuadra de reserva que manda el Almirante Cámara, quedan desguarnecidas las costas antillanas, y sólo con sus fortificaciones las plazas del litoral en la Península. Poca protección y auxilio pueden esperar Cuba y Puerto Rico, reducidas á sus propios esfuerzos y guarniciones; los elementos allí acumulados serán los únicos que opongan resistencia á la invasión americana, que apenas puede considerarse iniciada. Antes que llegue á las remotas playas filipinas la expedición de Cámara, si es que no vuelve á las costas españolas, ya estarán en las aguas de Manila, la segunda y la tercera expedición, salidas de San



«LA BOURGOGNE» BUQUE TRANSATLÁNTICO FRANCÉS QUE NAUFRAGÓ CERCA DEL HALIFAX LA MADRUGADA DEL 4 DEL ACTUAL

Francisco California; á los buques con que alcanzó el Comodoro Dewey la victoria de Cavite, podrá agregar un crucero y dos poderosos monitores, y contando con fuerzas de desembarque y con un repuesto considerable de municiones, emprender operaciones activas sobre Manila y capturarla por cuenta propia ó con ayuda de las numerosas huestes de Aguinaldo, que ya tienen en situación comprometida al General Augusti encerrado tras de los muros fortificados de la capital del Archipiélago.

to á que han llegado ante la pública opinión. En la actualidad, los republicanos podrán ser un obstáculo á la marcha de la monarquía, pero están por la paz, según las declaraciones hechas en el Parlamento y en la prensa por sus principales corifeos.

Las fracciones conservadoras y el partido liberal que se halla en el poder no están completamente de acuerdo sobre la manera de resolver el problema. Los unos pretenden seguir la tradición canovista, sacrificando hasta el último soldado y

tificada y por sus condiciones naturales al amparo de cualquier golpe de mano por parte de las escuadras enemigas. Allí permanece mes y medio, al abrigo natural del puerto, bajo la protección del Morro y la Socapa; y allí habría quedado hasta que Sampson se atreviera á atacarlo en el recinto fortificado de la bahía, si no hubiera recibido tal vez órdenes ineludibles para dar un combate, para salir al mar libre, y marchar con serenidad heroica á un desastre casi cierto.

Según las notas hasta ahora publicadas y que nos han suministrado las agencias cablegráficas, parece que estas órdenes han existido. El buen nombre del bravo Almirante, queda intacto; su pericia y habilidad no han sido desmentidas, y su temerario arrojo, lanzándolo con sus escasas fuerzas ante las escuadras combinadas de Sampson y Schley que bloqueaban el puerto de Santiago, lo acreditará de valiente con perfiles de héroe.

No es, no puede ser la conducta del Almirante Cervera, digna de censura; no merece el duro calificativo de traidor que alguno le ha lanzado en insensato delirio de ciego patriotismo. El hombre que por cumplir con su deber, por servir con lealtad y abnegación á su patria, llega á los extremos á que llegó el marino español vencido frente á las costas de Santiago de Cuba, y que buscó en el combate la muerte gloriosa de los héroes, ese no ha merecido nunca que se le llame traidor. Fué antes y es ahora digno de la gratitud de sus conciudadanos, lo mismo sobre las tablas destrozadas de sus buques, que si se hubiera coronado con los laureles del triunfo.

\* \*

En tanto se resuelve en Madrid el difícil problema de la paz, todavía se discute en los gabinetes europeos, sin llegar á tomarse un acuerdo, el porvenir de las islas Filipinas.

Alentado el cabecilla insurrecto Emilio Aguinaldo por sus fáciles victorias sobre las guarniciones españolas aisladas, debidas tanto á sus propios esfuerzos como á la influencia material y moral de los americanos; mal aconsejado tal vez por los agentes europeos, que han sembrado en su ánimo la desconfianza y acaso lo han desvanecido con el humo de la lisonja, parece que hoy no está muy dispuesto á secundar los planes del Contra Almirante Dewey sobre las tierras filipinas.

Ya se murmura que opondrá resistencia á cualquier plan de anexión, y apoyado en el título de *supremo dictador* que se ha apropiado ante las tribus tagales, reclamará de las potencias europeas y de los estados americanos el reconocimiento de la República de Filipinas, y el apoyo que garantice su independencia y soberanía.

A pesar de todas las declaraciones oficiales del Gobierno alemán, nótase en este cambio el



NEGRITOS FILIPINOS

\* \*

En tales condiciones, todavía se agita en España, amenazador, el pueblo, las turbas anónimas que buscan en los medios violentos la manera de satisfacer su venganza, el modo de recobrar el brillo de las armas, que juzgan empañadas porque han sucumbido ante un enemigo superior. Los partidos políticos hormigean en torno del poder, acechan la ocasión de asaltarlo, unos con amenazas, otros con promesas, comprometiendo solamente la libre acción del Ministerio de Sagasta, para que pueda resolver con serenidad el árduo, el difícil problema de trascendentales consecuencias para la monarquía española: la continuación de la guerra, ó los preliminares de la paz.

Don Carlos de Borbón, impenitente en sus aspiraciones, desde hace tiempo que expía una ocasión propicia para realizar sus sueños de ventura. Alegando un mentido patriotismo, en los momentos en que la patria española se desangra por una guerra colonial de más de tres años y se llena de angustia por la tremenda guerra extranjera, aparece en la escena política, acecha la ocasión, y enarbolando la bandera de los que quieren la guerra á todo trance, de los que esperan la victoria contra un enemigo rico y poderoso, pretende exigir del gobierno constituido toda la responsabilidad, achacar á la actual dinastía todos los desastres y presentarse como el vengador de las glorias y las tradiciones españolas, mancilladas por el extranjero.

Los republicanos, que en los cinco lustros de la Restauración han permanecido quietos, oscuros, desligados, sin dar otras muestras de su existencia pública que el motín fracasado de Villacampa y sus discursos y protestas en las Cortes, parece que toman ahora nuevos bríos, que entran en actividad febril, y también acusan á la monarquía de todos los males que agobian al país. No están organizados, tienen sus fuerzas y elementos desparramados en todo el territorio, y por lo mismo debilitados en sus procedimientos. Cuando alguna vez han intentado dar forma y vida á sus ideas de reforma y á sus tendencias constitucionales, han sufrido serios descabros, se ha advertido la división en sus filas, se ha notado la diversidad de sus ideales, y entre ellos mismos ha habido disidentes, que proclaman, fuera del seno de la unión republicana, el descrédito

gastando hasta la última peseta, antes de ceder un solo palmo del territorio nacional, antes de conceder la independencia que piden las colonias, antes de solicitar la paz del enemigo vencedor. Los otros ya piensan en la paz, dan por satisfecho el honor nacional, y hablan de sacrificios estériles é inútiles resistencias.

Las clases conservadoras, las que representan la riqueza territorial, la producción agrícola, la industria nacional y, aun algunos altos personajes del clero docente, todos se manifiestan en favor de la paz, hacen representaciones al Gobierno, alegan grandes y profundos razonamientos, y en nombre de muy caros intereses, lesionados ya, pero todavía capaces de reponerse, de revivir y aspirar á la prosperidad, piden al Gobierno no prolongue por más tiempo el sacrificio estéril de sus hijos, el holocausto inútil de sus intereses.

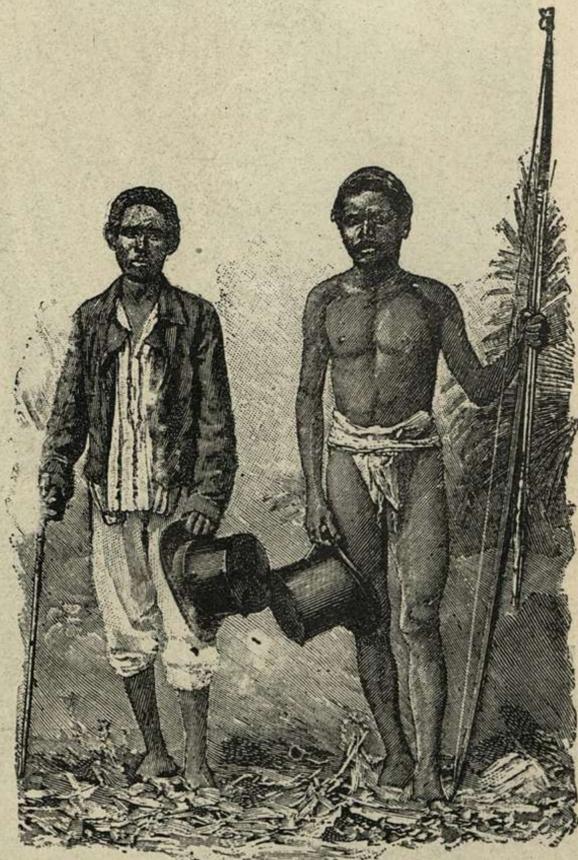
\* \*

Frente á todas estas fuerzas diversas y contrarias, el Ministerio Sagasta, firme en su puesto, pero constantemente combatido, resiste todavía á la marejada, se yergue fuerte en medio de la tormenta, y las espumas amargas del oleaje que llegan de los remotos mares hasta las costas españolas, con los despojos de las escuadras destruidas, se mezclan á las olas amenazantes de los partidos que chocan, de las aspiraciones que rujen, de las turbas populares que ahullan y de la confusión general que nace en cada nuevo desastre.

\* \*

En Cervera se había puesto toda la confianza del pueblo y del Gobierno. Leyendo los periódicos españoles en lo que se refiere á este ilustre marino, se observa de qué manera crecía y hasta dónde había llegado la fé que se tenía en su pericia y su valor. Su marcha hábil y correcta desde las islas del Cabo Verde á la bahía de Santiago, esquivando el encuentro de los buques enemigos, ahorrando con previsora economía sus escasas provisiones de carbón, evitando con sabia táctica todo encuentro en que pudieran peligrar las fuerzas entregadas á su mando, demuestran de modo palpante que era merecida la confianza en él depositada.

Sin tiempo para llegar á la Habana, donde habría encontrado una amplia y segura base de operaciones, entra á la bahía de Santiago, bien for-



NATURALES DE FILIPINAS

manejo del Almirante Diederick, la influencia que ejerce sobre el jefe insurrecto la presencia en Manila de la escuadra germana, y el anuncio en forma de amenaza del arribo á aquellas aguas del Príncipe Enrique, hermano del Emperador.

No extrañaría á nadie una inconsecuencia de este género, un cambio de esta naturaleza, que ocasionaría, indudablemente, nuevas complicaciones, nuevos trastornos, y tal vez traería, en plazo no remoto, la intervención de potencias extrañas en el problema filipino.

La actitud del Gobierno americano es sin embargo, perfectamente resuelta y definida. El Congreso acaba de decretar, por una resolución de las dos Cámaras unidas, la anexión de las islas Hawái á los territorios de la Unión. Iniciado en ese camino, no retrocederá ante la conquista completa de Filipinas, y si encuentra resistencia por parte de alguna potencia extraña, si no logra atraer bajo sus banderas al rebelde Aguinaldo, y convencerle de la necesidad de un protectorado, de la incapacidad en que está todavía el pueblo tagalo para gobernarse por sí mismo, son manifiestas las tendencias para enviar nuevas expediciones, acumular mayores recursos y resistir á toda ingerencia extraña y á toda resistencia indígena. Si Alemania se resolviera á intervenir de modo violento en la solución del problema, no están lejos los buques británicos, y acaso habría ocasión de averiguar si realmente existe la pretendida alianza anglo americana.

Lanzados en ese camino los Gobiernos de Washington y de Berlín, ¿quién duda que la posesión del rico territorio filipino fuera motivo para que estallara la temida conflagración europea?

Pero tal vez no se llegará á ese extremo. El comodoro Watson, organizando en estos momentos una escuadra lista para zarpar rumbo á las aguas del viejo continente, es una demostración de que el Gobierno americano está resuelto á lanzar un reto á la Europa Monárquica. Al proceder así, hay que creer que no está solo.

X. X. X.

Julio 8 de 1898.

## LA IMAGINACION INFANTIL.

El niño percibe el mundo exterior de un modo que difiere notablemente de las percepciones del adulto. La influencia de la imaginación sobre los sentidos le presenta los objetos dotados de propiedades que el adulto no encuentra en ellos, y en cambio no vé sus cualidades esenciales. «Un niño de dos años cinco meses que miraba los martinetes del piano que estaba tocando su madre, exclamó: «El butre!»— Otro niño de cuatro años, habiendo trazado una F vuelta en sentido contrario, trazó luego otra al lado en forma correcta de manera que quedaran las dos letras así F y y viéndolas atentamente dijo: «Están platicando.» La yerba llora dijo otro niño, viendo una mañana el jardín cubierto de rocío. Una niña cambiaba con frecuencia de lugar los guijarros del arroyo por que «debían de fastidiarse si estuviesen obligados á permanecer inmóviles sin ver más que los objetos que los rodeaban.....»

Qué extrañas analogías, qué asociaciones absurdas son éstas que producen tales percepciones? En el estado de nuestros conocimientos del espíritu humano, es más fácil afirmar la existencia de esos fenómenos que comprender el mecanismo íntimo de su causalidad. Los terrores que siente el niño tienen el mismo oscuro origen, y si no es posible curar esos males imaginarios, es porque no podemos comprenderlos bien. Un niño de cuatro años explica á su padre el terror supersticioso que le inspiran las tinieblas: «Sabes lo que yo creía que era la obscuridad? Una inmensa criatura de color negro con una boca y ojos.»

\*\*

Esta transformación caprichosa de los objetos, natural en el niño, constituye la base de sus placeres: se deja envolver por la imaginación y juega con ella siendo esta su única ocupación y su distracción preferente. Cuando está solo crea ficticios camaradas; sillas, canapés, poltronas, son sucesivamente coches, ferrocarriles, buques, etc. A su vez la niña tiene un amor casi maternal por un informe trozo de madera; es la muñeca de su predilección que no desdénará nunca por las más perfectas "su muñeca," como ella dice, ¿no ha sido sacada de la nada con los tesoros de la imaginación?

Con razón los Códigos de procedimientos criminales de los países en que hay juramento judicial, no aceptan las declaraciones juramentadas de los niños. Los médicos y los criminalistas han demostrado qué poco crédito merece el testimonio de una conciencia infantil. ¿Es que el niño miente por instinto? Será verdad, como lo afirmaba Rousseau, que el niño nace pervertido moralmente y que sólo pueden mejorarlo su condición misteriosos agentes? No, el error estaba en tomar por perversidad original un rasgo psicológico que se destaca. La mendacidad infantil procede de la imaginación sobreexcitada por el temor, por el interés y, á veces, por el solo placer de un juego cualquiera; un juego peligroso ciertamente que conviene no perder de vista. Pero acaso para

combatir un mal no es lo mejor determinar sus orígenes?

La imaginación dirige los primeros pasos de la reflexión y se mezcla de una manera extraña á sus resultados. Notaremos de paso algunos hechos.

Los niños norteamericanos explican sus ideas sobre naturales por medio de comparaciones mecánicas: el trueno es un gemido de Dios, ó bien es el ruido de sus pasos sobre la bóveda celeste ó por los martillazos que está dando, ó por el estrépito del carbón que llevan á su casa: "ideas que demuestran el candor con que el niño humaniza á Dios haciendo de él un respetable burgués con su casa y su bodega de carbón." La mayoría de los niños campesinos atribuyen el viento al movimiento de los árboles,—inversión singular del orden real de causa y efecto. Los seres vivos que primero crecen, en su concepto, están sometidos á un proceso contrario, en el período último de la vida "Cuando yo sea grande y tú pequeña, dice una niña á su madre,—te llevaré en mis brazos, te vestiré y te pondré en la cama. Intuición profunda que contiene en una imágen todas las leyes de la evolución y disolución.

Los ensueños, las ficciones, las metáforas infantiles imitan las intuiciones y los descubrimientos del artista y del sabio; pero ¿no es del mismo modo como "las consecuencias empíricas de los animales imitan los razonamientos de los hombres" según decía Leibnitz? Por humillante que parezca la comparación es legítima.

Para conocer mejor la verdadera naturaleza de la imaginación en sus primeros fulgores, conviene observar al niño artista.

\*\*

Nada sería más interesante que la investigación de los primeros signos de una vocación naciente: al encanto sutil de la infancia, se unirá el misterioso atractivo del genio. Pero puede alguna vez el psicólogo estar seguro de tener efectivamente en el sujeto de observación un artista en germen? Nada engaña tanto como los prodigios prematuros, eso es cosa sabida; además, la psicología de la infancia data de ayer; cómo creer que se haya encontrado un observador competente, imparcial y preciso de los primeros años de los grandes hombres? Los que han estado cerca de ellos no piensan en referir el desarrollo intelectual que presenciaron sino después de la hora de la gloria, y cuando la ternura ó la admiración hacen despreciar ó abultar ciertos detalles peculiares. Goethe, Jorge Sand, Tolstoi y Pierre Loti evocan curiosos recuerdos personales de su infancia en memorias ó autobiografías. Estas restauraciones son siempre sospechosas, no porque haya duda sobre la exactitud de los hechos; pero sí es verdad que el pasado sobrevive en el presente, no lo es menos, sobre todo tratándose de poetas, que se resucitan los recuerdos de ayer con el alma de hoy.

Todo lo que se sabe de la imaginación de los grandes artistas durante su infancia, nada tiene de característico y podría afirmarse á priori. Hay, no obstante, algunos hechos curiosos. Con frecuencia se ha repetido que Mozart á los catorce años, oyó una sola vez en la capilla *Sixtina*, y luego escribió de memoria el *miserere* de Allegri que los papas de una manera terminante prohibían copiar. Hay otros ejemplos, menos conocidos, de precocidad y riqueza de imaginación auditiva increíbles. Reyer cuenta el caso de un niño de nueve meses que repetía exactamente las notas tocadas en el piano. El hijo de Stumpf subía regularmente la gama cantando, á la edad de catorce meses. En cuanto á los pintores, las imágenes de la línea y del color son las más numerosas en su infancia y las que recuerdan con mayor facilidad.

Los pintores y músicos tienen esta especialización, esta intensidad de recuerdos desde sus primeros años, sin que pueda decirse, ni mucho menos, que esas cualidades sean un privilegio exclusivo de los niños artistas; puede afirmarse con seguridad que son el lote común de todos los niños. Aunque en grado menor sin duda y bajo formas muy diversas, todos tienen un orden de imágenes de su predilección. De ahí procede la identidad que se supone con tanta complacencia entre la imaginación infantil y el talento creador; de ahí dimanan las locas esperanzas de los padres del niño prodigio y sus humillantes decepciones ulteriores. No es fácil arrebatar al presente los secretos del porvenir, ni lo es discernir en una inteligencia que nace los gérmenes del genio futuro.

## Nuestros grabados

### El desastre de "La Bourgogne"

Maravilla de arquitectura naval, un palacio por la suntuosidad de su instalación y una torre flotante por su fortaleza, tal era el transatlántico cuyo choque con un pebeyo buque mercante, produjo la espantosa catástrofe que llena de consternación dos continentes.

Del trágico suceso sólo conocemos su lamentable fin; el mundo entero se inclina con piadosa simpatía ante el dolor de los hogares enlutados de las víctimas.....

En el torbellino de los acontecimientos pronto quedará perdido el eco de las dolorosas lamentaciones; y acaso muy pronto oigamos voces más serenas que nos hablen de los desastres del mar, como de un recuerdo triste del pasado, al anunciarnos que la ciencia, esa maga infatigable, ha encontrado en sus maravillosos arsenales la conjuración de los peligros que asechan entre las nieblas del océano.....

### Un transporte de tropas

Al romperse las hostilidades entre España y los Estados Unidos creíase que la guerra tendría por único

teatro los mares antillanos; pero he aquí que surgen los acontecimientos inesperados de Filipinas y con ellos la necesidad de enviar á Dewey refuerzos para sostener su posición, difícilísima y de graves responsabilidades, entre los triunfantes insurrectos de Aguinaldo y la desesperada y tenaz resistencia del ejército del Capitán General Augusti.

Con presteza y aún con precipitación se organizaron las expediciones militares á Filipinas, saliendo de San Francisco los transportes, uno de los cuales aparece en nuestro grabado.

Es de verse ese hormiguero humano típico en su aspecto general: los soldados americanos de Filipinas más que hombres de armas, parecen *pioners*. Son los antiguos ganaderos que recorrian las praderas de Dakota, los buscadores de oro de los *creeks* californianos, aventureros audaces, obstinados que piensan más en los productos tropicales de las Filipinas, que en épicas luchas con los nietos del Cid.

### El Tiziano y su hija

La ilustración de carácter artístico que damos en el número de hoy enriquecerá la colección de nuestros abonados con una obra digna de los mayores elogios, y escogida con cariñoso esmero.

¿Quién no desea un retrato del ilustre colorista veneciano? y quién no encuentra centuplicado el mérito de la adquisición cuando á más del retrato del pintor eminente tiene un cuadro como el que hoy ofrecemos al público?

### Naturales de Filipinas.

La guerra ha puesto de moda el estudio de la geografía política de las islas Filipinas. Todas las revistas de alguna importancia publican relaciones de viaje, más ó menos interesantes, y descripciones más ó menos exactas del archipiélago español insumiso: toda esa literatura de ocasión subraya las dificultades que tendrá la potencia cuya autoridad caigan las Filipinas, para encauzar en una corriente de orden y civilización tantas poblaciones heterogéneas y salvajes, autoctonas las unas, producto de diferentes mezclas de razas las otras;—todas rebeldes á las sujeciones y refractarias á las ideas y prácticas de una vida superior.

### Las operaciones militares sobre Santiago de Cuba.

Aún no ha llegado el pavoroso drama de las Antillas á su escena final y ya son incontables las heroicidades de los bravos combatientes que libran en estos momentos los combates decisivos de la campaña.

*De mortuis nihil nisi bonum*, y en efecto, nunca como en esta ocasión puede hablarse con tan justos elogios de los que han perecido en la pelea.

Con qué vigor han sabido luchar iberos y norteamericanos! El número de los muertos y heridos está ahí para atestiguarlo: en esta guerra no ha habido cobardías.

Nuestro grabado representa uno de esos encuentros parciales, tan frecuentes en los asedios. Los adversarios, luchando frente á frente, casi pudiera decirse cuerpo á cuerpo, personalizan sus odios contra la nación enemiga: ya no es un pueblo, es un hombre el que se alza enfrente, amenazador y airado, y es preciso matar antes de que él hiera. La pasión patriótica se enardece, y el hombre, poseído por el instinto, ya no es soldado, es una fiera como en los tiempos en que el troglodita vivía á expensas de las tribus hostiles.....

### La caricatura en el Extranjero

—España y Francia—La verba malévola del caricaturista pinta á España y á Francia como dos mujeres ¿buenas ó malas? Por lo menos ligeras de cascos; España no tanto, gracias á la experiencia triste de sus revoluciones. Mientras su compañera llevada por uno de esos arranques de su temperamento caprichoso, se entrega confiadamente en manos de curas y soldados, España, muy triste, se queda haciendo filosofías, con su pandero roto y su abanico en el suelo.

—El ingenioso *Fischietto* no les juega en esta vez ninguna mala partida á los japoneses suponiéndoles la intención de sacar las castañas con las manos del gato en el brasero de las Filipinas. ¿Son realmente los japoneses los ingleses del Asia? Pues mal harían si no aceptaran las consecuencias aceptando la analogía. Por lo demás es de pensarse si no habría en esta supuesta actitud expectante y páfida del Japón más realidad que.....la caricatura del *Fischietto*.

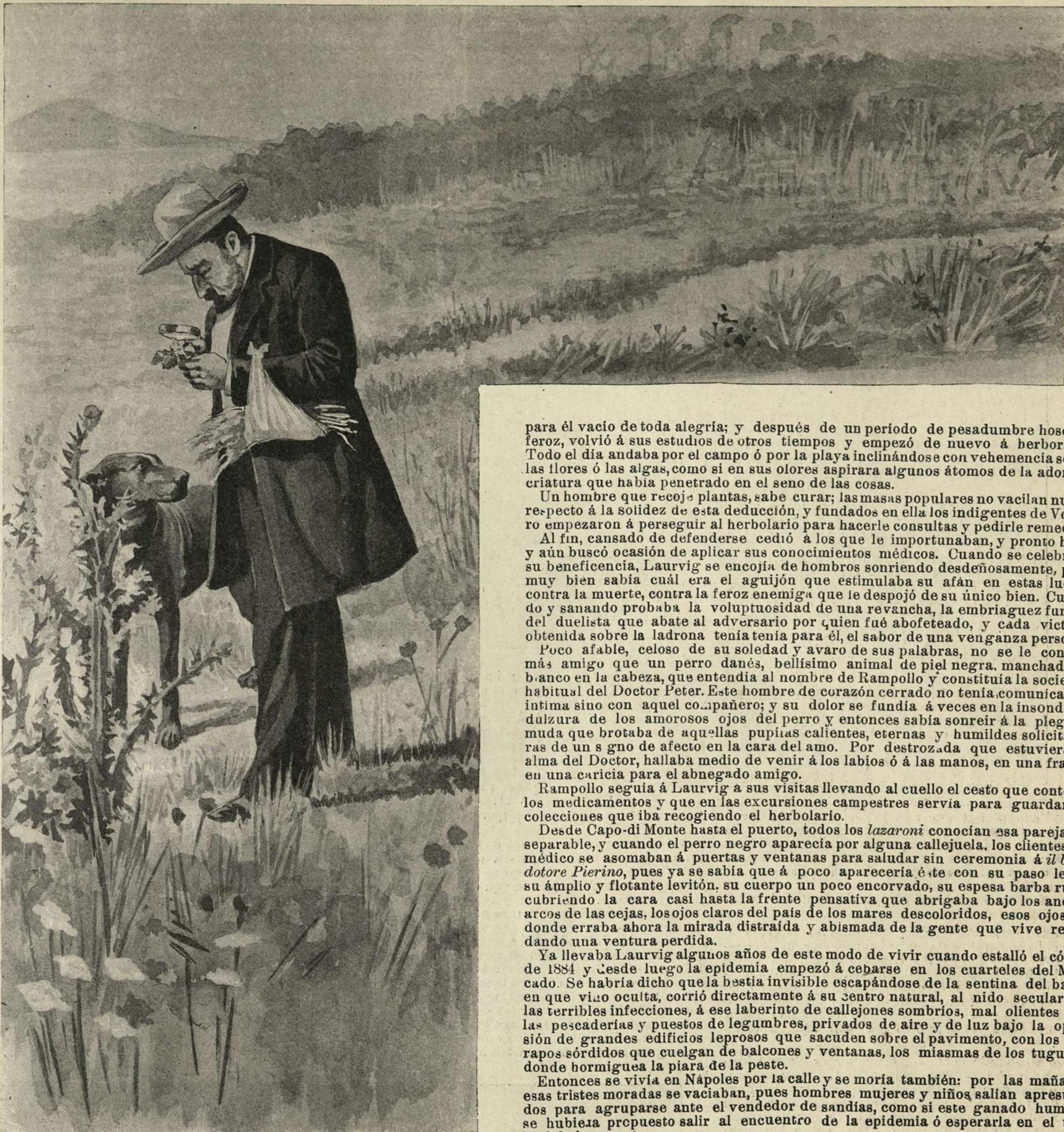
—Reproducimos la caricatura del *gato americano* y el *ratón español* cuando menos á título de muestra gráfica de la opinión de la prensa austriaca durante el mes pasado, que fué el mes de las profecías en falso.

—La idea de que Lord Salisbury reniegue de Mr. Chamberlain por la endiablada política que con tanta audacia predicó éste en la reunión de Birmingham, no es la primera vez que se ha ocurrido en la prensa cómica-gráfica de Europa. Gracias á la política de aislamiento de la Gran Bretaña, los políticos ingleses tienen un raro privilegio: todos los periódicos, de todas las opiniones, de todos los países (ahora agregáremos, europeos) saben que las caricaturas contra el gabinete de Inglaterra tendrán público que las aplauda si son buenas y que las acepte por muy malas que sean.

—El *Gran Turco*. Pocas veces se ha inspirado con tanto acierto el célebre periódico de Viena como en esta caricatura. Mientras Europa entera tiene toda su atención embargada por el conflicto hispano-americano, la ferocidad musulmana divierte sus ojos regando un poco de sangre de cristianos. Llenos de piedad por las víctimas que hicieron, recordamos el Terror y la Inquisición, y cuando ahí, casi á nuestra vista, se han cometido crímenes más grandes y más crueles, no se nos ocurre pensar lo que será para las generaciones del porvenir la historia sangrienta del siglo XIX.



LA GUERRA HISPANO-AMERICANA.—UNA ESCENA DEL ATAQUE SOBRE SANTIAGO DE CUBA



## Una buena puñalada.

Desde luego empiezo declarando valientemente que el Doctor Peter Laurvig era de Bergen, Noruega, aunque nuestros vigilantes proteccionistas literarios se enfurezcan y gruñan previendo un nuevo caso de *ibsenlatría*.

Al saberse esta procedencia de este personaje, el lector por su parte esperará ver en el relato el desfile de gentes pálidas y desmadejadas, con cabellos lácios y ojos de foca, al rededor de un personaje parecido á aquél funebre Dr. Rank de la *Maison de Poupée* que dice las palabras y hace los gestos de amor con voz de fantasma y contracciones de cadáver.

Si tuviera libertad para inventar, sería de seguro mi héroe genuinamente parisiense, criado y nacido en Montmartre, pero todo el valor de mi cuento está en la autenticidad de los personajes y de los hechos tales como me fueran certificado por un magistrado napolitano, amigo mío, una tarde en que paseando por el muelle de Chiatamone filosofábamos sobre los bellos sentimientos que á ocasiones florecen en el corazón de un bandido.

Pues el Doctor noruego era un original, muy conocido en Nápoles donde residió largos años habitando en una casucha solitaria oculta entre un matorral de aloes del lado de las pendientes de Vomero.

Y le llamo Doctor, no porque oficialmente ejerciera el honorífico arte á que se consagran las bien intencionadas personas autorizadas por el Estado para prolongar nuestros sufrimientos. En un principio, adquirió sus grados por amor á la ciencia y practicaba la medicina curando gratis á los pobres por amor á la humanidad según parecía, pues penetrando más hondamente en su carácter no conjugaban con esta conducta las misantropías del personaje.

Rico, viudo, padre de una hija que adoraba, Laurvig salió de su país para vivificar á esta chiquela enfermiza con el sol de Italia y no lo consiguió, porque la niña se le fué de entre las manos en las talas mismas del Vesubio. El padre entonces se quedó á vivir en el lugar mismo en que el mundo resultó de improviso

para él vacío de toda alegría; y después de un período de pesadumbre hosca feroz, volvió á sus estudios de otros tiempos y empezó de nuevo á herborizar. Todo el día andaba por el campo ó por la playa inclinándose con vehemencia sobre las flores ó las algas, como si en sus olores aspirara algunos átomos de la adorada criatura que había penetrado en el seno de las cosas.

Un hombre que recoje plantas, sabe curar; las masas populares no vacilan nunca respecto á la solidez de esta deducción, y fundados en ella los indigentes de Vomero empezaron á perseguir al herbolario para hacerle consultas y pedirle remedios.

Al fin, cansado de defenderse cedió á los que le importunaban, y pronto halló y aún buscó ocasión de aplicar sus conocimientos médicos. Cuando se celebraba su beneficencia, Laurvig se encojía de hombros sonriendo desdeñosamente, pues muy bien sabía cuál era el aguijón que estimulaba su afán en estas luchas contra la muerte, contra la feroz enemiga que le despojó de su único bien. Curando y sanando probaba la voluptuosidad de una revancha, la embriaguez furiosa del duelista que abate al adversario por quien fué abofeteado, y cada victoria obtenida sobre la ladrona tenía para él, el sabor de una venganza personal.

Poco afable, celoso de su soledad y avaro de sus palabras, no se le conocía más amigo que un perro danés, bellissimo animal de piel negra, manchado de blanco en la cabeza, que entendía al nombre de Rampollo y constituía la sociedad habitual del Doctor Peter. Este hombre de corazón cerrado no tenía comunicación íntima sino con aquel compañero; y su dolor se fundía á veces en la insondable dulzura de los amorosos ojos del perro y entonces sabía sonreír á la plegaria muda que brotaba de aquellas pupilas calientes, eternas y humildes solicitadoras de un signo de afecto en la cara del amo. Por destrozada que estuviera el alma del Doctor, hallaba medio de venir á los labios ó á las manos, en una frase ó en una caricia para el abnegado amigo.

Rampollo seguía á Laurvig a sus visitas llevando al cuello el cesto que contenía los medicamentos y que en las excursiones campestres servía para guardar las colecciones que iba recogiendo el herbolario.

Desde Capo-di Monte hasta el puerto, todos los *lazaroni* conocían esa pareja inseparable, y cuando el perro negro aparecía por alguna callejuela, los clientes del médico se asomaban á puertas y ventanas para saludar sin ceremonia á *il buon dottore Pierino*, pues ya se sabía que á poco aparecería éste con su paso lento su amplio y flotante levitón, su cuerpo un poco encorvado, su espesa barba ruba cubriendo la cara casi hasta la frente pensativa que abrigaba bajo los anchos arcos de las cejas, los ojos claros del país de los mares descoloridos, esos ojos en donde erraba ahora la mirada distraída y abismada de la gente que vive recordando una ventura perdida.

Ya llevaba Laurvig algunos años de este modo de vivir cuando estalló el cólera de 1884 y desde luego la epidemia empezó á ceparse en los cuarteles del Mercado. Se habría dicho que la bestia invisible escapándose de la sentina del barco en que vino oculta, corrió directamente á su centro natural, al nido secular de las terribles infecciones, á ese laberinto de callejones sombríos, mal olientes por las pescaderías y puestos de legumbres, privados de aire y de luz bajo la opresión de grandes edificios leprosos que sacuden sobre el pavimento, con los harapos sórdidos que cuelgan de balcones y ventanas, los miasmas de los tugurios donde hormiguea la piara de la peste.

Entonces se vivía en Nápoles por la calle y se moría también: por las mañanas esas tristes moradas se vaciaban, pues hombres mujeres y niños salían apresurados para agruparse ante el vendedor de sandías, como si este ganado humano se hubiera propuesto salir al encuentro de la epidemia ó esperarla en el umbral de las puertas.

Y la epidemia pasaba y hacia cada vez nuevas víctimas; las unas abandonando se con fatalista resignación, otras arrastrándose hasta las puertas de las iglesias entre la multitud que entonaba plañideras letanias que se interrumpían y se continuaban por ráfagas, como azuzadas por la angustia, cada vez que pasaban los carros mortuorios con su cosecha macabra.

La depresión general producía un efecto excitante en el ánimo del Doctor Peter. La ladrona que le había despedazado el corazón y á quien él habitualmente perseguía con cuidadosas emboscadas, la traidora Muerte, le ofrecía al fin una batalla campal y le era dado combatirla á toda hora con golpes redoblados, exaltándose en esta lucha y contando orgullosamente las presas que arrebatava al monstruo.

Laurvig no reposaba ni un minuto, empujado por energía inagotable de odio y rencor contra la potencia destructora contra la matadora de niños, á la cual su imaginación daba forma corporal algunas veces y la convertía en realidad quimérica á fuerza de luchar con ella cuerpo á cuerpo, de sentirla vencida como si le oprimiera la garganta con la mano.

Una tarde en que regresaba por el camino de Vomero, un hombre le detuvo á la entrada de la *Calata de San Sebastiano*, que es una de esas rampas estrechas, infectas, bordadas de caserones, donde vive la gente más desheredada.

—¡Doctor! por el amor de Dios, suba usted á mi casa. Hay una enferma que se muere.

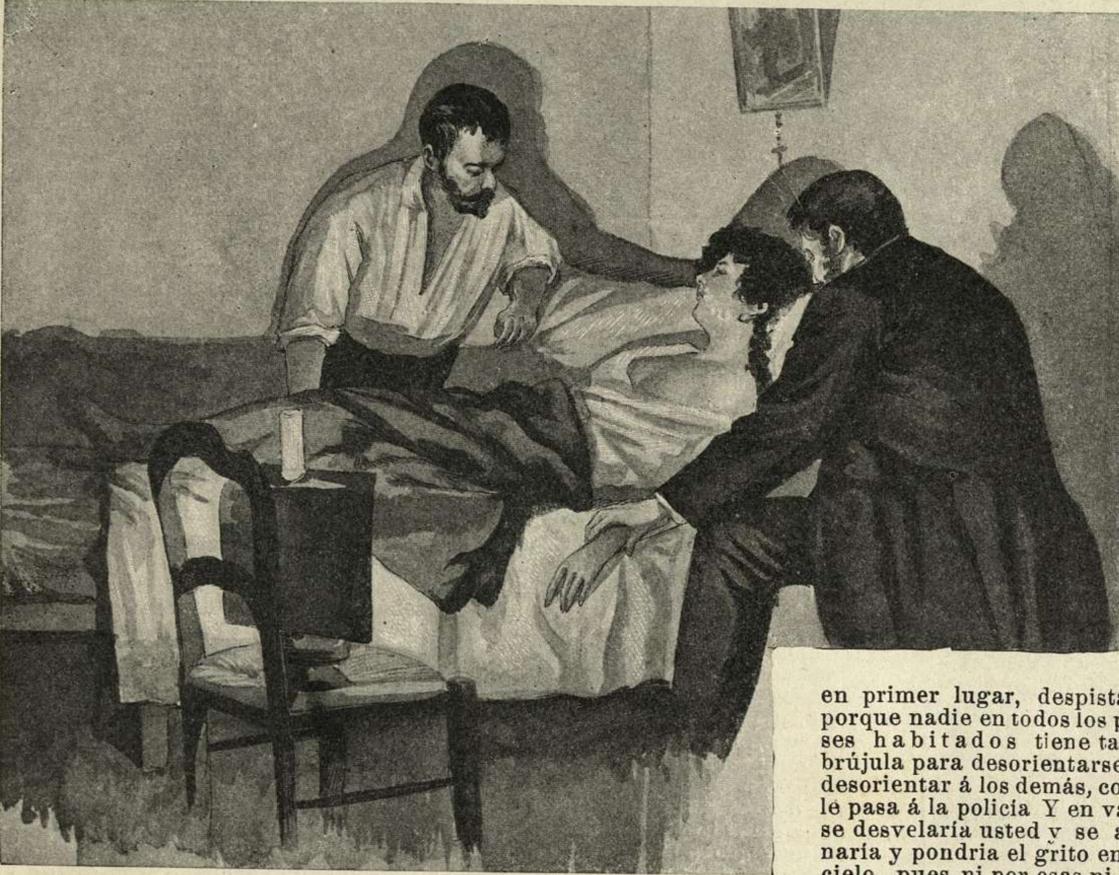
Laurvig estaba muy cansado por el rudo trabajo del día; y como ni aún había almorzado, su cuerpo pedía gracia estando además vacío ya el cesto de medicinas que Rampollo llevaba al cuello. Siguió pues andando, pero el hombre, que parecía estar fuera de sí, le interrumpió el paso. Este hombre no cautivaba por su aspecto: vestido de andrajos, llevando gorra encarnada de marino, sacudía febrilmente una cara huesosa curtida por el sol, erizada por una barba negra, trastornada por el espanto y con miradas como las del tigre que ha caído en la trampa.

—Doctor, es forzoso que suba usted... Es mi hija Teresa la que se muere. Este grito de padre despertó un eco doloroso y profundo en el alma del Doctor que sin agregar una sola palabra siguió á aquel ineluzible á través de una callejuela montuosa, trepó una empinada escalera y entró en la buhardilla que le fué designada.

—A la luz de una lámpara de hierro colocada sobre una de las dos sillas que com

ponían el mobiliario de la pieza, estaba la enferma acurrucada sobre un colchón y apenas cubierta por escasas ropas. Tendría veinte años á lo sumo.

Al oír el ruido que hicieron los recién venidos, desató los nudos del pañuelo rojo que le cubría la cabeza, y sus largos y abundantes cabellos cayeron sobre sus hombros, dejando descubierta una cara agobiada por la enfermedad; pero que conservaba líneas de belleza escultural que por su corrección recordaron á Laurvig, ciertas figuras de mármol que reposan sobre los sarcófagos de la antigua Grecia. Sus grandes ojos negros y dominadores, brillaban con el brillo siniestro de la fiebre y pasaban alternativamente con expresión suplicante de la imagen de la Virgen que estaba clavada en la pared, al rostro del Doctor.



en primer lugar, despistado porque nadie en todos los países habitados tiene tanta brújula para desorientarse y desorientar á los demás, como le pasa á la policía. Y en vano se desvelaría usted y se afanaría y pondría el grito en el cielo, pues ni por esas ni por las otras dejaría de estar

Terrible era el ataque y así lo comprendió Laurvig desde la primera ojeada; y en consecuencia, resolvió obrar con actividad y energía. Envió al padre de Teresa á una droguería para que trajera las medicinas necesarias, y él mismo bajó apresurado á comprar cobertores de lana.

Nunca había sentido más intensa voluntad de vencer á la muerte.

Inclinado sobre el colchón, mientras el padre embutecido por el dolor, sentado cerca, seguía maquinalmente todos sus gestos. Laurvig procuraba sobre los miembros helados de la enferma, reacciones violentas que pudieran retrotraer á la vida; y estuvo espiando la vuelta durante largas horas y no se retiró sino hasta muy avanzada la noche, cuando el sopor tranquilo de la joven le hizo concebir alguna esperanza.

Pero no abandonó el campo; y al tercer día su triunfo era un hecho. El ojo ejercitado de Laurvig se convenció cuando vio reaparecer el vigor juvenil, orgulloso de sí mismo en aquellos grandes ojos negros, en la flexibilidad de aquel cuerpo gentil y en el carmin de granada madura de aquellos labios que saboreaban los alimentos traídos por el Doctor.

Entonces se retiró prometiendo volver, y no bien había doblado la esquina de la *Calata de San Sebastiano*, cuando al notar que su perro no venía con él le silbó para llamarlo. El animal no apareció y Laurvig volviendo sobre sus pasos, regresó á la casa del padre de Teresa y preguntó en seguida en todas las tiendas del tránsito.

Conocían en efecto á Rampollo, y hasta le habían visto por la mañana, pero ninguno podía dar noticias de su paradero. Después de una hora de vanas indagaciones el Doctor tomó el camino de su casa muy preocupado, pero con la esperanza de que el perro se le habría anticipado y ya estaría allí. Sin embargo, Rampollo no había venido y su amo lo aguardó sin éxito durante todo el día.

Por la noche se presentó á las oficinas de la policía, refirió su pena, y ofreció una fuerte gratificación al que le devolviera su fiel compañero; y como el Comisario se había encontrado varias veces al médico en los barrios bajos que ambos visitaban con frecuencia por distintos motivos, se interesó en el caso y pidió detalles circunstanciados. Apenas terminó Laurvig su información, le dijo el Comisario:

—No me diga usted más. Vaya usted á la casa de Agostino Greco y será milagroso que no deje usted algo entre sus manos. Este Agostino, padre de Teresa, es uno de nuestros más redomados bribones, un *camorrista* de marca mayor. Ya sabe usted á lo que llamamos en Nápoles *La Camorra*: es una asociación de malhechores corta-bolsas y rateros, que conservan en la ciudad las tradiciones del bandolerismo, cargadores del muelle en sus ratos perdidos, viviendo de algunos oficios visibles y de muchas industrias reservadas, entre ellos está la fuente de todo asunto delictuoso. Hace tiempo que tenemos los ojos puestos en él y en su bellísima hija que es una bribona por el estilo. Usted les hizo un beneficio y ellos en cambio le

robaron su perro: esto es lo más natural, pues serían capaces de robar á San Pedro, si son de plata, las llaves del cielo en el momento en que el apóstol les abriera la puerta. No busque usted más.

Laurvig regresó inmediatamente á la *Calata de San Sebastiano* y con la mirada y la palabra exploró y registró la conciencia del *camorrista*, procediendo con severidad, sin disfrazar demasiado sus sospechas de las que el hombre no pareció quedar sorprendido. Agostino le dejó hablar hasta el fin, y luego le dijo:

—Escuche usted Le debo la vida de mi hija y daría mi piel por devolver á usted su perro. Yo lo encontraré en donde quiera que se halle, pues la policía no sirve para maldita la cosa. Con ella estaría usted

dejó oír en el camino y le hizo palpar fuertemente el corazón.

Algunos minutos después Rampollo acariciaba las rodillas de su amo con todas las demostraciones de alegría y de ternura que pueden ser explicadas con la lengua que lame y la cola que se mueve agitadamente.

Detrás del animal, en el dintel de la puerta, Agostino se ostentaba con su gorra encarnada y sonriendo satisfecho pero con la sonrisa modesta del que ha cumplido su deber.

—Ya le había dicho á usted que se recobraría, pero no fué la policía quien lo encontró sino yo. ¡Buena está la policía! Yo conozco á todos los ladrones de perros.

Despertado por estas palabras á sus obligaciones de gratitud, Laurvig interrumpió sus efusiones con Rampollo, fué á su *secrétaire* lo abrió, tomó un grueso paquete de billetes de banco y los llevó al *Camorrista*. Este retrocedió con la frente obscurecida y demostrando como pena y asombro; pero al ver que el Doctor trataba de insistir, le cortó la palabra con ademán resuelto.

—No! nada de eso, usted salvó á mi hija y yo le devuelvo á su perro. Es necesario que cada persona ame algo en el mundo; eso se comprende. Estamos á mano, guarde usted su dinero.

Laurvig arrojó el dinero sobre la mesa y vino al hombre con las dos manos cordialmente tendidas.

—¡Perdón y gracias! le dijo; deme usted la mano. Agostino retrocedió sin corresponder á los deseos del Doctor y le dijo, como avergonzado y con una voz humilde y muy triste:

—No, no! Tampoco eso, tampoco eso. La mano de un hombre honrado como usted no debe estrechar la de un hombre como yo. Adios.

Y cerrando tras de sí la puerta, desapareció.

Al día siguiente una impulsión instintiva llevó á Laurvig á la *Calata de San Sebastiano*. Teresa estaba sola en su casa, grave y pensativa, y acogió friamente al Doctor.

—¿Y tu padre, dónde está?

—En la cárcel. Acaban de llevárselo, parece que por motivo de una puñalada.

Laurvig no pudo obtener de la joven más confidencias. Obstinada en su mutismo, tenía como un reproche en su mirada seria.

El Doctor se presentó en la prisión, solicitó hablar con el Director y le interrogó sobre el caso de Agostino.

—Ah! ¿el *Camorrista*? dijo el funcionario; al fin le tenemos ya, por causa de una buena puñalada que en una sangrienta riña le dió á uno de sus colegas, al zapatero Girolamo que entre otras especialidades tenía la del robo de perros. Si se puede dar crédito á lo que dicen esas gentes, había robado un animal, parece que de la propiedad de usted. Es probable que hicieron el robo por cuenta y mitad á pesar de cuanto alega en contrario ese bribón de Agostino, porque si no ¿qué razón había para que viniera á inquietar á su amigo? Entre ellos, según su Código especial, quien robó una cosa es el único que tiene derecho á ella, y no hay nada que respeten esos malhechores tanto como el derecho de sus compañeros de oficio. Sin duda Agostino fué á reclamar su parte, Girolamo se negó á pagar; el otro se apoderó del perro por la fuerza, salieron en breve á relucir los cuchillos, y el zapatero recibió una herida de mano maestra. No escapará. Es á fé mía, una buena puñalada que nos libra de un bandido y nos pone á cubierto del otro.

Laurvig presentó timidamente otra hipótesis, otra versión, pero no habiendo logrado más que hacer sonreír al Director, comprendió que iba á ser inútil insistir. Ese funcionario había reconstituido la escena del crimen; y cuando un funcionario hace una reconsti-



tución de esas, todo el mundo sabe lo peligroso que es intentar modificarla aunque sea con la verdad.

El Doctor se retiró pues, pensativo, repitiéndose maquinalmente la frase que acababa de oír; esa frase llena para él de un sentido profundo, una verdad trágica y una cruel ironía; una buena puñalada.

Entonces fué cuando acudió al Magistrado de quien obtuve este relato, y con la esperanza de iluminar á la justicia le refirió á su manera los incidentes del caso y los refirió —dice el escéptico hombre de ley— con premeditada benevolencia.

—¿Y qué hicieron ustedes de Agostino? pregunté á mi amigo.

—¿Qué quería usted que hiciéramos? Mandarlo á galeras ¡Diablo! por una puñalada semejante.... ¡Y además, el beneficiario, el zapatero quedó bien muerto....

—Sin embargo, el móvil....

—Todos ustedes son así.....por el estilo de Lombroso! si se les escuchara, la justicia ciega y manca á fuerza de escrúpulos, cortaría cabellos en vez de cortar cabezas. El análisis psicológico es una cosa, mi querido amigo, y la justicia es otra cosa simple, mecánica; y cuando no es así deja de ser justicia. Y si se dejara conover y embarazar por las sutilezas sentimentales del primer noruego á quien se le ocurriera amar á sus perros

más que á las personas, ya tendría donde tropezar. Meta usted teorías de Ibsen entre los artículos del Código, y verá lo que resulta! Por otra parte, ese Laurvig era un original y se hizo más original aún después de esta aventura. Figúrese usted que el mejor día se embarcó para su país con su perro y además



con la Teresa á quien se dice que adoptó, que la casó en Bergen con otro sabio como él y que legara á la pareja toda su fortuna ¡Pobre chico! Crea usted que no va á ser feliz. Apuesto á que extraña ya nuestro sol y los tiempos en que comía sandía por las calles llevando los pies desnudos y cantando coplas picarescas. Ni siquiera tiene allí flores encendidas y aromosas que prender á sus cabellos.

Morirá de nostalgia bajo aquellas brumas, ó bien, golondrina libertada, huirá entre las sombras de aquellas noches tan largas y vendrá á reunirse con su padre.

—Porque vamos á hacer indultar á Agostino, para complacer á los filósofos psicológicos y filantrópicos y... por amor al arte, murmuró confidencialmente el Magistrado. ¡Una puñalada tan hermosa! añadió luego con el gesto y la voz de un perito.... administrada de abajo para arriba, con todas las reglas. No; no hay como nuestros hombres para conservar las tradiciones de la puñalada mortal, clásica, hermosa; de la buena puñalada!

E. M. DE BOGUÉ.

(de la Academia francesa.)

## LOS AMORES DEL COMETA

De oro, así es la cauda del cometa. Viene de las inmensas profundidades del espacio y ha dejado en las púas de cristal que tienen las estrellas, muchas de sus quedejas luminosas. Las coquetas quisieron atraparlo; pero el cometa pasó impasible sin volver los ojos, como Ulises por entre las sirenas. Venus le provocaba con su voluptuoso parpadeo de media noche, como si ya tuviera sueño y quisiera volver á su casa acompañada. Pero el cometa vió el talón alado de Mercurio que sonreía mofistofelicemente, y pasó muy formal á la respetable distancia de veintisiete millones de leguas. Y allí le veis Yo creo que en uno de sus viajes halló la estrella de nieve á donde nunca llega la mirada de Dios, y que llaman los místicos Infierno. Por eso trae erizados los cabellos. Ha visto muchas tierras muchos cielos, sus aventuras amorosas hacen que las Siete Cabrillas se desternillen de risa, y, cuando imprima sus memorias veréis como las comprarán los planetas para leerlas á escondidas, cuidando de que no caigan en poder de las estrellas doncellitas. Tiene mucha fortuna con las mujeres: es de oro!

No me había sido presentado. Yo, comunmente, no recibo á las cuatro y treinta y dos minutos de la madrugada; y ese gran noctámbulo deja sus sábanas azules muy temprano para espiar la alcoba de la aurora por el ojo de la llave, luego que la divina rubia salta de su lecho con los brazos desnudos y el cabello suelto. Su pupila de oro espía por la cerradura del Oriente. Tal vez en ese instante la aurora baja las tres gradas de ópalo que tiene su lecho nupcial, y busca, para cubrir sus plantas entumidas, las pantuflas de mirtos, que los ángeles forran por dentro con plumas blancas desprendidas de sus alas. Y él la mira, la circunda con el áureo fluido de sus ojos; la palpa con la vista; siente las blandas ondulaciones de su pecho; ve cómo entorna los párpados, descubriendo sus pupilas color de no me olvides, y recibe en el rostro las primeras gotas de rocío que van cayendo de las trenzas rubias, cuando la diosa moja su cabeza en la gran palanganá de brillantes, y alinea con el peine de marfil su cabellera descompuesta por la almohada. El cometa está enamorado. Por eso se levanta muy temprano.

Cuando los diarios anunciaron su llegada, yo dudé de su existencia. Creí que era un pretexto del Sol para obligarme á dejar el lecho en las primeras horas matinales. El padre de la luz está reñido conmigo porque no le hago versos y porque no me gusta su hija el alba.

La blancura irreprochable de esa mujer, me desespera: y desde que amo con toda el alma á una morena, odio á las rubias y sobre todo á las inglesas. La noche es morena.....¡como tú! Perdó! Debi haber dicho: como usted!

Pero el cometa, á pesar de estas dudas, existía. Un sacerdote que iba á decir su misa antes del alba le había visto. No era, pues, un pretexto del herviente sol para tenerme desvelado y vengarse de todos mis desvíos. Los panaderos le conocían y saludaban. El gran viajero del espacio estaba en México.

Los graves observadores de Chapultepec no han desplegado aún sus labios y guardan una actitud prudente, para no comprometerse. No saben todavía si ese cometa es de buena familia. Y tienen sobradísima razón. No hay que hacer amistades con un desconocido que, á juzgar por las trazas, es un aventurero polaco. Sobre todo, no hay que fiarle dinero. ¿A qué ha venido?

La honradez del cometa es dudosa. Sale, á la madrugada, del caliente camarín en que duerme la aurora, y no contento aún con deshonrarla de este modo, espía por la cerradura de la llave hasta que acaba de lavarse. Yo no sé si la aurora es casada; pero, séalo ó nó, la hora en que el cometa sale de su casa, no habla muy alto en pro de su reputación.

El cometa no es caballero. Hace alarde de sus bellaqueñas: sale con insolencia, afrentando á los astros pobres con el lujo imponente de su traje, y, sin respeto al pudor de las estrellas vírgenes, compromete la hermosa reputación de una señora. No tiene vergüenza. Cuando menos debía embozarse en una capa.

Vanamente esperé que el gran desconocido apareciera en el cielo caso de mi alcoba. Para este excursionista, que no viene de Chicago, no hay hombres notables ni visitas de etiqueta Tuve, pues, que esperarle en pié y armado, como aguarda un celoso al amante de su mujer, para darle al pasar, las buenas noches. Erán las cuatro y media de la madrugada. Las estrellas cuchichearon entre sí detrás de los abanicos, y algo como un enorme chorro de champagne, arrojado por una fuente azul sedibujó en Oriente. Era el cometa. La luna, esa gran bandeja de plata en donde pone el Sol monedas de oro, se escondía, desvelada y pálida en Oeste. Los luceros y yo teníamos frío.

Aún hacía noche, pero se veía confusamente. El silencio era profundo; dormía todo, menos el cielo que se iba aclarando ya por el Oriente. ¡Cielo del alba, no hay pintor que te pueda robar tus tibios tintes! Eres azul, pero de un azul color de rosa. Franjas estrechas de pequeñas nubes invisibles parecía como que aguardaban en el horizonte; pero tan vagas, tan confusas, que no habrían sido visibles, si no fuera por el reflejo suavemente colorido que marcaba sus contornos, parecido á una hoja de oro envuelta en gasa transparente.

En la parte del cielo que iba invadiendo el alba, las estrellas se ahogaban en la luz naciente, como perlas caídas en el mar! Algunos luceros, más gruesos, brillaban aun con resplandor extraño, parecido al que tienen los diamantes. No eran chispas de fuego resplandeciendo sobre manto obscuro, sino fulgores de luz blanquiza relampagueando sobre un lienzo apenas colorido y casi luminoso. Nada hay que mejor simbolice la virginidad. Después de contemplar este espectáculo, se siente el dulce ahinco de entrar quedo, muy quedo, á la caliente alcoba donde está la cuna y acercándose á ella de puntillas, besar los párpados del niño que duerme entre colchas blancas como espumas.

A poco, el enorme chorro de champagne fué creciendo, como impelido por una fuerza más potente y apareció por fin el núcleo del cometa. La aurora salió á dejarle hasta la puerta. Pero él enamorado y atrevido, no siguió su camino hacia el zenit. Le vi pararse en el dintel y clavar su mirada en el agujero de la llave. La veía! Ya los caballos blancos de la diosa se uncian al carro de marfil, y preparaban los camaristas en el pórtico su carcaz de rayos igneos. El cometa no apartaba su vista de la alcoba. ¿Estaría celoso? Las estrellas palidecían temblando de pasión.

¡Tienes razón, oh Aurora! ¡Qué hermoso es! Amale con el alma y deja que destrence tu cabellera rubia. Las estrellas te envidian y Venus clava en él inútilmente su mirada. ¿De dónde vienes, oh celeste aventurero? Veinte millones de siglos hace que caminas, y cada día recorres un millón de leguas. ¡Oh si pudieras referir tus aventuras! ¿Eres un resto de la nebulosa primitiva que desgarrada en un número inmenso de girones, formó al condensarse, el Sol la Tierra y los demás planetas? ¿Qué hay en esos astros, cuyos misterios no ha podido sondear ni el ojo gigantesco de los telescopios? ¿Hay corazones que aman, bocas que besan y cerebros que piensan?

¿Qué son los cometas? Los astrónomos no saben aún qué oficio tienen en la armonía del universo. Para el poeta son los carros en que van las almas de una

estrella á otra, esto es, de un sol á otro sol. La verdad es que nadie ha adivinado todavía el empleo que tienen en la colmena inmensa del espacio. Son los inútiles, los vagos, los colibrís de luz que besan en la boca á las estrellas. Su número es inmenso. Keplero dice que hay más cometas en el universo que peces en las ondas de los mares. Imaginaos el hormiguear de esos delfines gigantescos cuyas escamas nos deslumbran á cincuenta millones de leguas.

Muchos aman al Sol. Sienten su atracción, como el amante siente la mirada de su novia, y van á él, trazando una parábola gigante, como avalanchas de oro que bajan la pendiente del Infierno. Así se ama! Las mariposas van á la luz y los cometas van al Sol. Pero la luz de la bujía quema las alas de las mariposas; y el gran Sultán, ceñido el cuerpo robustísimo con armadura incandescente, despide lejos á los cometas enamorados que se acercan. Y vuelven á descender como avalanchas, por el infinito, clavando siempre su mirada en el gran foco de luz. Se alejan á distancias inmensurables, como los gimnastas cuando van á emprender su carrera, y luego se precipitan otra vez al océano de llamas que invenciblemente los atrae. Los cometas son astros que han recibido un puntapié del Sol.

La súbita aparición de estos viajeros impetuosos, alarma como triste vaticinio á los indoctos. Para estos, un cometa es el presagio de la peste, los terremotos ó la guerra. Los que menos les conceden, suelen atribuirles una influencia decisiva en la temperatura y en las estaciones. Tras el cometa de 1811 en Francia, vino una abundantísima cosecha. Sin embargo, la ciencia desmiente estas ideas. Los cometas, separados de la tierra por enormes distancias, no pueden ejercer influencia alguna en nuestra atmósfera. Los rayos luminosos y caloríficos que los cometas desprenden ó reflejan, son menos intensos que los rayos de la luna, y éstos no causan ningún efecto sensible, aun concentrados en el foco de los mayores lentes. Los cometas no ejercen pues influencia alguna en la atmósfera terrestre, ni son anuncios luminosos. Si lo fueran, ya habrían aparecido cien cometas para anunciar el Aceite de San Jacobo.

El vulgo, no obstante, insiste en suponer que son los nuncios providenciales de alguna calamidad: los batidores de la muerte. Apenas fué visible para nosotros el cometa que hoy á todos maravilla, comenzó á circular la fatal nueva de que el cólera, dando un brinco de gimnasta, había pasado de Manila á Chiapas.

Las grandes epidemias no van en aumento como piensa muchos. Jenner ha matado á la viruela y Pasteur ha quitado el antifaz á muchas epidemias. La higiene tiene sus grandes armas para defenderse y no es hora ya de exclamar con Guy Chauliac: "Morimos sin amigos y nos entierran sin oraciones; el padre no visita al hijo moribundo; la caridad ha muerto y ya no existe la esperanza." La viruela no diezma ya las poblaciones europeas como en la Edad Media; ni los miembros gangrenados se desprenden del cuerpo, por virtud de la pelagra; ni mueren doce mil personas en un día de esa terrible enfermedad que se manifestaba por medio de copiosísimos sudores y que infestó Inglaterra en el siglo XV. La peste negra que fué á Europa del Oriente, ya no aniquila las ciudades. En aquel tiempo, morían quinientos apestados en los hospitales de París, y el Papa tenía que bendecir en Avignon las aguas del Ródano, para que allí arrojaran á los muertos, que no cabían ya en los camposantos.

Para mí, esa es una voz que han hecho correr los diputados suplentes con el fin de alarmar á los propietarios. Confieso paladinamente, sin embargo, que tuve algunas horas de zozobra. Yo no conozco el cólera, ese judío errante de la tierra, como no conocía tampoco los cometas, esos judíos errantes del espacio. Pero el cólera existe y hace trecientas víctimas por día en las islas Filipinas. El monstruo, no domado,

se desencadena, y los que no creemos en Mahoma, estamos en peligro de morir víctimas de esa epidemia formidable desarrollada por la suciedad canónica de los devotos musulmanes que fueron a visitar la tumba del profeta.

Afortunadamente en esta vez el cometa no ha sido nuncio de la peste. ¡Llorad, oh hermanos Gayosso, porque el cólera no vendrá!

¡Llorad, oh hermanos Gayosso! Vosotros no presenciasteis esas epidemias, y el cólera que actualmente reina en Chiapas, es una indigestión de hojas de plátano complicada con átomos de añil!

\*\*

Pero, quién piensa en ese horrible fin del mundo, oh vida mía!

El olor de las rosas dura poco y el champagne se evapora en impalpables átomos, si le dejamos, olvidados en la copa. Nuestro cariño vuela a donde van las notas que se pierden gimiendo en el espacio. Mañana tú tendrás canas y yo arrugas. En tus rodillas saltarán contentos tus chicuelos. Descuida: tenemos tiempo para amarnos, porque el amor dura muy poco. Cierra de noche tus balcones para que no entre muy temprano la luz impertinente de la aurora, y procura

que duerma tu previsión, para que no adivines los desengaños y las decepciones que nos trae el porvenir. El mundo está viejo, pero nosotros somos jóvenes. Cuando estés en un baile, no pienses nunca en la diada de alba ni en el frío de la salida, porque tus hombres desnudos se estremecerán, como sintiendo el áspero contacto de un cierzo de Diciembre, y sentirás subir a tu garganta el bostezo imprudente del fastidio. La esperma brilla y hay mucha luz en los espejos, en los diamantes y en los ojos. La música retoza en el espacio, y el vals, como la ola azul de un río alemán, arrastra las parejas estrechamente unidas como los cuerpos de Paolo y de Francesca.

Las copas de Bohemia desbordan el vino que da calor al cuerpo, y la boca entreabierta de la mujer derrama esas palabras que dan calor al alma. El alba se espereza entretanto y piensa en levantarse. No pensemos en ella. Afuera sopla un viento frío que rasga las desnudas carnes de esas pobres gentes que han pasado la noche mendigando y vuelven a su casa sin un solo mendrugo de pan negro.

No pienses, por Dios, en la capota de pesadas pieles que duerme, aguardándote, en el guardarropa, ni en los cerrados vidrios de tu coche. Fin del mundo y salida de un baile, todo es uno. Final de fiesta mezcla-

do de silencio y de fatiga, hora en que se apagan los astros y cada cual vuelve a su casa, aquellos a dormir bajo las ropas acolchonadas de su lecho, éstos a descansar entre los cuatro muros de la tumba. Las bujías pavesean, lamiendo las arandelas del enroscado candelabro; los pavos del buffet muestran sus roídos caparazones y sus vientres abiertos; los músicos, luchando a brazo partido con el sueño, como Jacob con el ángel, no encuentran aire en sus pulmones para arrojarlo por el agudo clarinete, ni vigor en sus flojas articulaciones para esgrimir el arco del violín; sobre la blanca lona que cubre las alfombras, hay muchas flores pisoteadas y muchas blondas hechas trizas; las mujeres se van poniendo ojeras, y el polvo de arroz cae, como el polen de una flor, de sus mejillas; los cocheros, inmóviles, duermen en el pescante, envueltos hasta la frente en sus carricks; este es el fin del baile, este es el fin del mundo. Pero—aguarda un momento—falta el cotillón!

Restons! L'étoile vagabonde  
dont les sages ont peur de loin,  
peut être, en emprtant le monde,  
nous laissera dans notre coin!

MANUEL GUTIERREZ NAJERA.



## SIN CARETA

Qué tal, tito? ¿Se ha divertido usted mucho en el baile?

—¡Psch!

—¿Verdad que no?

—Yo tampoco.

—Pues sonreías mucho.

—¡La fuerza de la costumbre! La mujer debe sonreír siempre; cuando soltera, para agradar a todos, cuando casada... para lo mismo.

—¿Cómo?

—Tendrá usted que acostumbrarse a mi franqueza, tito. Yo, suelo decir la verdad..... cuando no hay por qué mentir.

—¡Locueta!

—Nada de eso..... Práctica, concedora de los hombres: esto soy.... Y porque les conozco hago carnaval de mi existencia y los embromo..... sin careta. Aunque, no crea usted que las demás mujeres hacen otra cosa..... Son hipócritas y se lo callan; son hipócritas y lo niegan cuando los hombres les desnudan el alma con la palabra..... Si señor, si: hay que sonreír siempre, ¡siempre!..... y para agradar a todos; cuando soltera para atrapar marido.... (Pobres de nosotras) Cuando casadas..... para agradar a todos, y que las lisonjas de los hombres halaguen y envanezcan a nuestro hombre.... Si ustedes, tito fueran de otro modo, podría la mayor parte de las mujeres, yo la primera, quitársela careta; pero mientras subsista la vanidad del macho, divorciada de la dicha práctica del hogar, la mujer sólo podrá ser hembra con todas las embriagueces del perfume y todas las voluptuosidades de un sueño de ángeles con levadura de placeres.

Y luego se nos censura, y si caemos.... doblemen-

te.... Pero señor, ¿qué tendrá de extraño que se quemé quien con fuego juega? Si no llamamos la atención, si no somos mujeres *de vista* los hombres nos dejan por otra que lo sea, por otra que atraiga las miradas de todos.... ¡Y luego nos llaman falsas! ¿Quién tiene la culpa de ello? ¡Ustedes, tito, ustedes! Ya lo dijo Sor Juana Inés de la Cruz:

*Querredlas cual las hacéis  
ó hacédlas cual las buscáis.*

Ustedes nos obligan a ser falsas puesto que falsas nos prefieren. ¿Una mujer para el hogar? ¿Una mujer para que nos ame sin alardes en la juventud y nos cuide con amor en la vejez? ¡Qué risa! Eso no lo quiere el hombre; porque el hombre, poco práctico, en general, vive al día en lo tocante a sentimientos..... Hoy locura de amor, mañana risa, al otro venganzas, luchas.... y vuelta a empezar. ¡Qué desgracia la nuestra, tito, qué desgracia!

Pero todas esas gazmoñerías, todos esos alardes de lujo y vanidad, todas esas sonrisas....?

—Son reclamos de cazador.

—¿En todas las mujeres?

—En muchas.

—¿Y tú...?

—Yo....

Aquí un movimiento de cabeza que expresa melancolía y disgusto; luego, un suspiro.... Después silencio absoluto que dura largo rato. El tío permanece como pensativo; la sobrina le contempla con ansiedad disimulada por una sonrisa de raza, eterna.

De pronto:

—Oye, sobrina: ¿Cuántos años tienes?

—Treinta y uno.

—¡Has dicho la verdad!

Nuevo silencio; luego:

—Oye: ¿quieres casarte?

La sobrina no contestó; se ruboriza y le mira sonriendo a la vez que inclina la cabeza sobre el pecho, mirada y postura que la favorecen mucho.

—¿Qué re-pondes, sobrina?

—Yo.....

—¿Quieres casarte?

—¿Con quién?

—Conmigo.

—¿Tí.... í.... to!

—Responde. Yo no soy joven, pero tampoco sufro achaques de la juventud..... Si he permanecido soltero hasta hoy, culpa es de vosotras, que nunca os quitáis la careta como tú acabas de quitártela ante mí..... ¡Ea! ¿Quieres casarte conmigo?

—¡Hay..... don Antonio, qué cosas tiene usted!

—Pero.....

—¿Me querrá tal como soy?

—Más que siendo como me lo parecías antes.

—Entonces aquí está mi mano, tío.....

—Antonio..... Dejo de ser tío para ser esposo. Con que, sírveme otra copa de champagne, y..... ¡por nuestra dicha venidera!

—¡Y abajo la careta femenina!

—Eso: quiero que me ames ¡sin careta!..... Dos horas después, y á solas en su gabinete, la sobrina se hace la siguiente reflexión, sonriendo con sinceridad:

—¡Sin careta!... ¡Pobre tío!... Me conviene..... es un buen partido: relativamente viejo y muy rico.... Llanote como él solo.... ¡Claro! por eso le gusto.... ¡con la careta de la sinceridad!

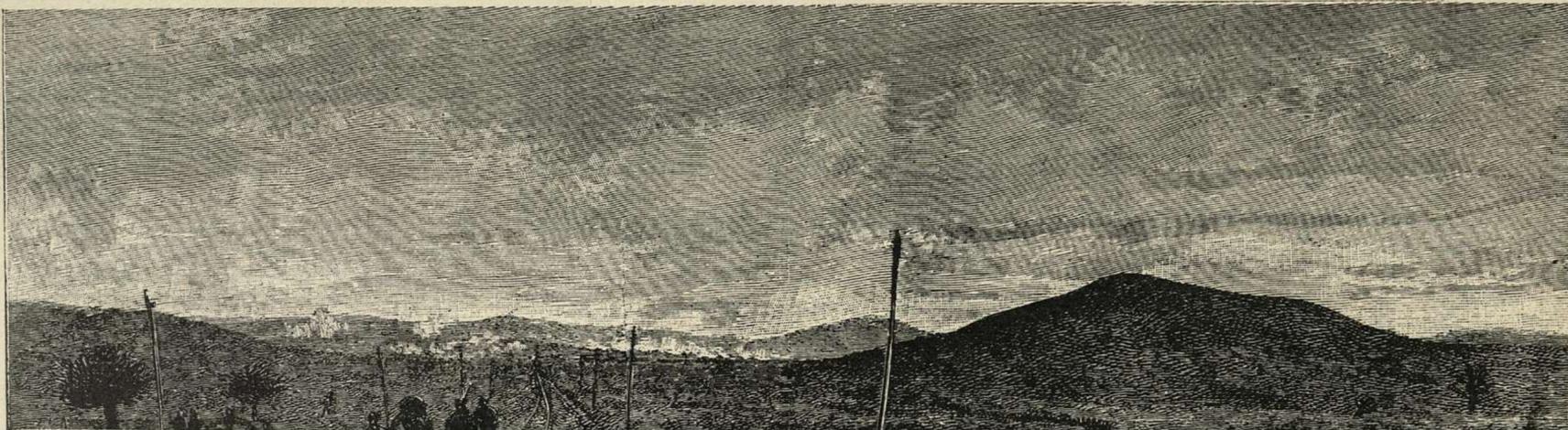
LUIS DE VAL.

# ¡POR UN MARIDO!

NOVELA ORIGINAL DE MARC DE CHANDPLAIX—ILUSTRACIONES GRABADAS EN NUESTROS TALLERES.

Versión española de "El Mundo Ilustrado"

Número 2.



Es verdad que empezaba á hacer calor porque el sol estaba alto y derramaba sobre el camino una luz blanca y ruda que cegaba en tanto que ya, más lejos del mar, la brisa se debilitaba. Por eso allí los árboles eran más vigorosos y algunos lentiscos aparecían como manchas verdes en la llanura amarillenta. Se oían rumores extraños y entristecedores que no recuerdan nada de nuestros bosques; gritos, no cantos; gritos de amor lanzados por los pericos, risas burlonas de papagayos grandes y negros de ojos redondos, silbidos de mirlos, y graznidos lúgubres de las *papangas*, esos buitres que por encima del hormigueo de la vida están esperando y salmodiando la muerte.

Después de una serie de llanos áridos, barridos por el viento, la caravana llegó á la cumbre de una colina que limita la posesión francesa. Del otro lado, nuevas llanuras sembradas de montículos arcillosos y de pequeños estanques que retrataban como espejos el sol.

Ivon se detuvo de improviso, se limpió la frente y llevó á sus labios el calabazo.

Luego limpiando cuidadosamente sus bigotes, fijó sus ojos en el horizonte y dijo extendiendo el brazo:

—He ahí Ambohinarina, sobre esa montaña de cumbre plana, á la izquierda del Monte Cuadrado.

De Chalmont conocía bien este monte que había observado muchas veces desde la mar, con esa especie de sarcófago que ostenta sobre la cima, excrecencia calcárea de aristas pulidas por los vientos y por las nubes. Parecía enorme, más fantástico que nunca, visto desde la tierra; y su vecino el Monte Heinaud por su curva inclinada semejava un coloso petrificado en el momento de huir.

—Hemos llegado, dijo el Comandante.

—Todavía no, repuso Ivon; es el efecto que producen las montañas: parece que se las podría tocar con tender la mano.

—Sobre todo cuando está limpia la atmósfera como hoy, añadió el doctor dirigiendo en torno miradas al parecer indiferentes. Pero observaba con tanta atención, que no habría escapado á su perspicacia ni la menor *menabuda* esa araña microscópica que mata con su picadura.

—No estamos lejos del arroyuelo prometido, dijo Ivon, y sería conveniente que lleguemos para almorzar allí. Son las once ¿verdad?

—Dónde está el arroyuelo?

—A dos pasos de aquí. Vamos!

—No distingo más que tierra desecada, repuso el Comandante siguiendo con su mula entre arbustos moribundos, montículos de arcilla y algunos charcos de agua estancada. Nada tiene de bello el país en esta estación, tierra caliente y sin vegetación exuberante, me hace el efecto de un pájaro desplumado. Santa María, Mayota y las Comoras son tan mal ranas como esto, pero si quiera son bellas.

—Es que aquí falta el agua, observó Lerbon y esta eterna brisa del Sudeste lo abrasa todo. Haga usted de cuenta que esto es la Provenza con su sol y su minstral.

—Ah bribón! dijo el Comandante que era pro-

venzal; se atreve usted á comparar á la rica Provenza, brillante y perfumada, con esta desolación?

—En dos meses cambiará todo, dijo Ivon conciliando... vendrán las lluvias.

—Y las fiebres con ellas, añadió Lerbon.

—La brisa cesa, y no se ven más que selvas de verdura.

—Y tierra viscosa en que no se puede caminar, dijo el doctor.

—Triste, triste y feo país, exclamó el Comandante.

Camina, Paquita!

Paquita era el nombre de su mula, mansa y buena, que al oírse llamar apresuró el paso.

El arroyuelo de Ivon no debía estar lejos, pues ya se le adivinaba entre un maciso de árboles que estaba á la vista, pero no esos pobres esqueletos de árboles con sus ramas quebradas por el viento, sino vivos, sanos y vigorosos, rodeados de lianas que los salpicaban de flores.

Ivon se bajó de su mula, y llevándola por la brida entró en un camino de travesía y le imitaron los demás.

El viejo intérprete no había mentido, pues era en efecto encantador ese rincón oculto detrás del seto de lianas y violetas. Allí, al borde de un arroyuelo que descendía en cascadas de roca en roca, se ostentaba un bosque, fresco oasis en medio de tanta tierra roja y pedregosa: grupos de bambues alzaban su follaje que la brisa hacía cantar, toda suerte de gramíneas y de helechos cubrían las rocas con sus encajes y aquí y allá grandes árboles, takamacas, palisandros y ébanos tendían sus ramas, al través de cuyas hojas el sol no osaba penetrar. Pero lo más regocijado en ese país de fuego, era el arroyuelo, claro, límpido y riante que se desgranaba y retorció antes de esparcirse por la ancha represa donde iba á descansar.

Ivon y el criado Jaques ataron las mulas y luego instalaron sobre una piedra plana los elementos de un confortable almuerzo de turistas.

Durante estos preparativos, el Comandante y Lerbon sentados junto al agua y silenciosos, fatigados y languidecientes sufrían esa impresión de soledad, de vacío, de angustia, que producen las mortíferas tierras de Madagascar. Ni un pasajero habían encontrado en el camino sino una impresión de veneno de lazos tendidos, de enemigos ocultos. Y en este bosquecillo donde se habían refugiado, al abrigo del sol, como aprisionados, oían sumbidos de invisibles insectos, gritos gemebundos, casi humanos, lanzados por los macacos, esos monitos que tienen ojos de mujer. En lontananza, otra vez la tierra roja, desnuda y montañas áridas y melancólicas en su rígida petrificación.

Lerbon pensaba acaso en las arañas que iba á encontrar; pero de Chalmont ¿por qué había de entregarse á sentimentalismo pueril? ¡Qué rápido corre el pensamiento! Este arroyuelo le recordaba otros conocidos y amados, donde también había flores y pájaros y más lejos los campanarios, las casas de humeantes chimeneas y por todas partes caras amigas que saludan y sonríen.

—Vamos! exclamó levantándose. Estoy picado de la araña.

—Dónde está la araña? preguntó presuroso Lerbon.

—En mi pensamiento, amigo mío.

—Temía yo al ver á usted tan triste que estuviera enfermo. Vamos á comer, Comandante. Eso es mejor que soñar.

—Sí á comer; dijo Ivon, aunque no había sido consultado.

Y el viejo intérprete á quien nada preocupaba, demostró que un cerebro descansado es lo mejor que hay para el buen apetito.

Pronto fué devorado el almuerzo y como los mosquitos no permitieron la siesta prometida, se siguió el viaje bajo un cielo obscurecido de improviso por densas nubes que empezaron á lanzar gruesas gotas de lluvia.

Convenía apresurarse para llegar antes de que se desatara la tempestad y apresuraron el paso por consejo de Ivon.

Cerca del fuerte de los Hovas que se distinguía en la cresta de una montaña, algunos hombres amarillos aparecieron, marchando ligeramente con las espaldas desnudas y llevando á la cabeza voluminosos fardos. Los campos empezaron á distinguirse más verdes; innumerables vacadas custodiadas por pastorcillos armados de pértigas, pacían la yerba y amenazaban al pasar á la caravana.

Al fin á las tres y media llegaron al pié de la montaña donde ya les esperaban los emisarios del Gobernador Sameloranavaritanana. Eran dos y tenían pretensiones de civilizados. De la raza amarilla, llevaban las piernas desnudas, los cabellos de un negro azulado, lisos y lustrosos, y en torno de la cintura á guisa de calzones de baño, unos trapos azules de algodón. Pero lo que producía el efecto más cómico, era el modo con que se habían creído acomodar al traje europeo poniéndose en la cabeza y el torso los objetos más inesperados. Sobre el pecho sin camisa ostentaban un chaleco bordado de donde sus brazos de un amarillo sombrío, emergían desmesuradamente largos; á la cintura y pendiente de un tahalí, un sable y en la cabeza un sombrero de pelo negro.

Uno de ellos avanzó hácia Ivon y le estrechó la mano como antiguo amigo, le dijo algunas palabras en hova y vino á inclinarse respetuosamente ante los otros.

—Es un 12º Honor; tiene grado de capitán, le conozco desde hace tiempo y es buena persona.

—Qué quiere?

—Es enviado para darnos la bienvenida y dice que los cargadores están con las sillas de manos detrás de aquellos árboles. Anuncian que el fuerte nos saludará con cañonazos.

—Responda usted, dijo el Comandante, conservando difícilmente su seriedad, que estoy muy complacido de la acojida que me dispensa Su Excelencia y muy conmovido á la vez; pero que no vengo con carácter oficial sino como amigo de esta inteligente población hova, única en mi opinión capaz de regenerar este bello país tan combatido por rivalidades de raza; que vengo como amigo y así deseo ser tratado.

Traducido esto, el embajador pronunció un largo discurso que el intérprete condensó así:

—Dice que agradece el honor y que Francia es un hermoso país.

—También este lo es, interrumpió Lerbon.

—Que los hovas son unos amigos fieles de los franceses; que esta visita es una prueba de esas buenas relaciones. . . . que el Presidente y la Reina. . . y en fin, es necesario que dirija usted un cumplimiento á la Reina. Esa es la costumbre.

—Bueno, dijo el Comandante que empezaba á impacientarse, dígame usted que hago votos sinceros por la salud de la Reina, que encontrará siere pre á Francia pronta á secundar su hábil política y que se retiren sobre todo, y avisen al Gobernador que hemos llegado.

A esto respondió el otro con largos cumplimientos al Presidente de la República, pero no daba muestras de querer marcharse.

—Y qué esperan todavía? preguntó el Comandante con impaciencia.

—Creo que un obsequio.

—Un obsequio?

—Si, cinco francos por ejemplo, contestó el intérprete que conocía las costumbres del país.

¡Cómo! Cinco francos á un embajador? preguntó asombrado Lerbon.

—Pero de Chalmont que había visto muchas cosas en materia de embajadores, se acercó al 12º Honor y le deslizó discretamente en la mano dos pesos fuertes.

Entonces la cara del hova, hasta allí grave y

cen una emoción de placer que sin eso no sería tan viva.

Derrepente en una reducida meseta el sendero terminó en una muralla de rocas rectas, sin asperezas, que habría sido imposible franquear sin las escalas que llevaban los hovas.

Con mil precauciones los cargadores aparearon á los franceses, plegaron las sillas de manos y tomando la delantera se lanzaron por las escalas, en tanto que el hombre flacucho dirigía á Ivon un largo discurso, al cual éste contestó:

—Conozco esto mejor que tú.

Y á su vez explicó al Comandante y al Doctor que después de esta primera escala se hallaría otra meseta y luego otra muralla y otra y otra que se franquearían con escalas y que pasadas todas se llegaría á Ambohimarina.

—Entonces, dijo el Doctor, permítame usted, Comandante, pasar primero pues iré más tranquilo sabiendo que usted me guarda las espaldas.

—Con mucho gusto, le contestó sonriendo de Chalmont.

La ascensión en suma no era tan terrible y el Doctor la hizo con la premura de quien desea verse libre de un mal paso.

Cuando se hubo franqueado la última muralla, Ambohimarina construida en anfiteatro y rodeada de una muralla de piedras sin cimiento á la

terminado por unas plantuflas de alfombra que desdecían del conjunto. Salió amablemente al encuentro de los viajeros, les estrechó las manos y los introdujo á un salón amueblado escasamente con una mesa y sillas, les ofreció cerveza y les dió cordial bienvenida deseándoles grata y larga permanencia en Ambohimarina. Pero comprendiendo que necesitarían descansar, tuvo el tino de no entretenerlos demasiado y de no invitarlos á comer sino para el siguiente día. Les anunció que allí conocerían á las notabilidades del país y que les iba á hacer conducir al alojamiento que les tenía preparado.

Después de estos cumplimientos golpeó en un vaso como en una campana y se presentó un joven de veinte años, sonriente, y vino á estrechar la mano á los viajeros. Usaba dolman de oficial; pantalón blanco y botas amarillas; su cara resplandecía con una eterna sonrisa y sus cabellos untados de pomada embalsamaban el salón.

—Mi sobrino, dijo el Gobernador por boca de Ivon: habla el francés y va á asegurarse de que nada les falte á ustedes. No hay que olvidar que les espero mañana á las seis de la tarde.

Luego, al despedirse agregó:

—Ah! mañana es domingo. Tenemos aquí una iglesia protestante de la que soy el pastor, y si quieren ustedes asistir á los oficios, les veré allí con agrado. Son á las diez.

—No faltaré, dijo el comandante que estaba deseoso de verlo todo, y estoy muy reconocido por tantas finezas y atenciones.

—Son un honor para mí.

Cambiados estos cumplimientos, salieron al fin; y guiados por el sobrino fueron á la casa dispuesta para el Comandante y el Doctor.

—No vuelvo de mi sorpresa, decía Lerbon: es encantador este sub prefecto que si tuviera la piel más blanca y zapatos embetunados, nada dejaría que desear.

—En efecto. . . . pero el sobrino tiene una cara que yo he visto en alguna parte, aunque no puedo recordar bien en cual.

Este, que se había quedado atrás para decir algo á su tío, vino y tomó al Comandante del brazo.

—Mi tío, dijo, no puede dejar el gobierno, pero yo simpatizo con los extranjeros, adoro el progreso y me propongo ir á Diego y pagar á ustedes su visita. Me llamo Volanabé.

—Nombre más fácil de retener que el del tío, observó Lerbon.

—Verdad que sí? dijo el joven mostrando todos los dientes al reír. Y. . . . saben ustedes lo que este nombre significa en Hova?

—Me agradaría saberlo, dijo de Chalmont.

—La gran luna, y pienso que indica nobleza antigua, contestó siempre riendo. Luego ya serio prosiguió: Ultimamente me casé con una joven noble también, pero es pobre y sostenemos nuestro rango con trabajo.

—La vida es pues cara aquí? preguntó el doctor.

—Para el pueblo, no: para mí que amo el progreso sí. Llevaré á ustedes á mi casa y verán: es chica; y como he llevado á vivir allí á las dos hermanas de mi mujer que son huérfanos. . . .

—Tiene usted un buen corazón, dijo el Comandante.

A poco Volanabé se detuvo frente á una de las casas más grandes de la calle y dijo pomposamente:

—He aquí, Señores, la casa de ustedes: les suplico que pasen. Abrió la puerta y los viajeros vieron á un hombre, una mujer y una jovencita, que, sentados en el suelo, comían apresuradamente con los dedos bolas de arroz cocido, derramándose en el suelo por la precipitación.

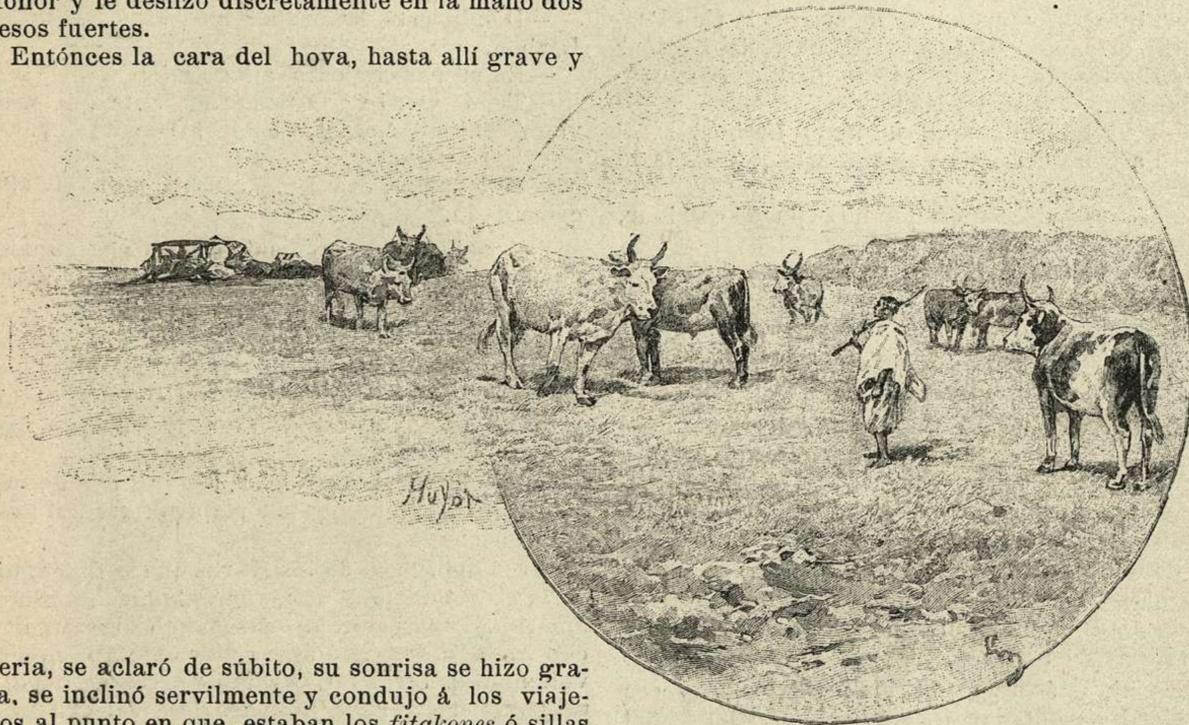
El sobrino frunció el entrecejo y apostrofó rudamente á los pobres hambrientos.

El hombre y la mujer se levantaron haciendo humildes reverencias y balbuciendo excusas, en tanto que la niña se precipitó sobre una escoba y barrió cuidadosamente los desperdicios del triste banquete interrumpido.

Luego los indígenas cargaron varios paquetes que tenían preparados, y mirando en torno suyo, como para convencerse de que nada dejaban olvidado, salieron con premura.

—Tienen aire de ladrones, observó Lerbon, Donde van con esos paquetes?

—Son los dueños y habitantes de esta casa á quienes se expulsa para alojar á ustedes. Aquí no se conocen las casas de huéspedes y así se



sería, se aclaró de súbito, su sonrisa se hizo grata, se inclinó servilmente y condujo á los viajeros al punto en que estaban los *fitakones* ó sillas de manos.

Allí había además una docena de hombres que debían descargar las mulas y subir á la roca los equipajes de los viajeros. Las mulas debían quedar abajo guardadas por los artilleros.

El 12º Honor se lanzó corriendo á escape para dar al Gobernador aviso y el otro embajador quedó para servir de guía. Como un gato ó como un mono trepaba á saltitos por las peñas llevando la espada en las manos á guisa de balancín.

De Chalmont iba contento, pues era muy curiosa esta expedición que pocos europeos habían emprendido, y la gente tan original que había empezado á conocer, le divertía. No venían aún las mujeres, pero ¡qué ridículas serían si como los hombres tenían la manía de imitar á Europa! En fin, ya se vería.

—Y bien ¿subimos? Dijo Lerbon impaciente.

—Cuando quiera usted. Sólo esperaba que las mulas quedaran descargadas.

A un signo de Ivon los cargadores, robustos y vigorosos, de piernas y espaldas desnudas, suspendieron las sillas de manos en que ya los viajeros se habían colocado.

—A caminar! dijo entonces en hova un individuo flacucho cubierto por el «lamba», traje nacional que no es sino una sábana puesta de modo que deje libres los brazos.

En el acto emprendieron la marcha los cargadores haciendo prodigios de habilidad y de equilibrio por el sendero peligroso, acompañando su andar con un canto plañidero y monótono.

El Doctor Lerbon, que no las tenía todas consigo ni pensaba siquiera en sus arañas, y se agarraba á la silla silencioso y cerrando los ojos para no ver el abismo espantoso cuyo fondo era más profundo á medida que se avanzaba.

De Chalmont, aunque más sereno, no dejaba de sentir esas palpitations del corazón que haciendo circular la sangre con más calor, produ-

usanza pelágica, apareció sobre el último contra fuerte y á unos cien metros apenas del borde del abismo.

Allá arriba los cargadores estaban ya con las sillas desplegadas para hacer subir á los viajeros á fin de que entraran conforme á la etiqueta. Y cuando hubieron subido, los cargadores sin apresurarse y gravemente penetraron por una puerta de piedra que parecía ser la única que daba acceso á esta especie de Kasbah, pero no riente como los de Argel sino gris, sùcio, pobre, sin estilo, desde donde se divisaban callejuelas estrechas, tortuosas y empinadas con casuchas bajas entre las que hormigueaban animales domésticos revueltos con gentes amarillas; Acrópolis de pueblos pretensiosos sin otro monumento que una troje habilitada de templo protestante y al fin de la aldea una casa cuadrada de piedras que llamaban pomposamente Palacio de Gobierno.

Cerca de la puerta se oyó rechinido de cadenas, y una vez franqueada; aparecieron una treintena de soldados sin más ropa que unos calzones blancos y que estaban armados de fusiles viejos y mohosos. Un capitán que les mandaba tenía sable sin cubierta, y un clarín se desmorecía tocando. La multitud presurosa obstruía la calle principal abundando mujeres, metidas en las *lambas* ó blusones y chiquillos desnudos que se les trepaban por las piernas. Numerosos perros salieron y en ellos Ivon se fijaba atentamente.

El 12º Honor se presentó luego abriéndose paso á garrotazo limpio y se colocó á la cabeza del cortejo dirigiéndolo al Palacio.

En el umbral de este monumento, orgullo de Ambohimarina, un hombre de figura inteligente y dulce, con la cara encuadrada en un marco de cabellos canos y crespos, el pescuezo erguido dentro de un cuello falso, alto y duro y orgulloso luciendo un soberbio uniforme de subprefecto,

aloja á los extranjeros caracterizados, lo cual no sale muy caro al Gobernador.

—¿Y á donde se van á refugiar?

—Con los vecinos; la gente pobre no es egoísta y yo mismo no tendría trabajos para encontrar alojamiento gratis.

Volanabé vino sonriendo; había explorado la casa que tenía dos reducidos aposentos provistos de una cama cada uno, un salón sin muebles y un comedor con mesa blanca y algunos escabellones. También echó una ojeada á la cocina y viendo todo en orden, quedó complacido.

—Está bien, dijo; hay utensilios de cocina y manera de hacer fuego. A dos pasos de aquí vive un individuo que vende un poco de todo y que proporcionará las provisiones. . . . Ravouna, hermana mayor de mi mujer, sabe algo de francés y hará muy contenta las compras.

—Gracias, dijo el Comandante. Es usted muy amable.

—Pero advierto á ustedes que no intenten pagarle sus servicios.

Ivon sonrió y el Doctor dijo con sencillez:

—Oh! ni pensaremos tal cosa. . . . Una dama noble, sobrina del Gobernador. . . !

—Justamente, dijo Volanabé. Sin embargo. . .

—Sin retribuir sus servicios, concluyó el Comandante que creyó interpretar el pensamiento del joven, existe siempre una manera de hacer aceptar un obsequio. No es así?

—No, no, insistió Volanabé, ni obsequio ni dinero á ella que se avergonzaría mucho. Si ustedes al partir quieren dejarle un recuerdo, me darán á mí, pero á mí, la suma que le destinen, porque el dinero es lo mejor, y mi mujer y yo compraremos á Ravouna algo de su gusto.

—Qué tal! murmuró Ivon al oído del Doctor.

—Decididamente, dijo de Chalmont sin pestañear, Ud. es muy amable y todo lo prevee

pero por esta tarde nada necesitamos, pues Jacques preparará la comida con las provisiones que trajimos sin ocurrir al comerciante ni á los buenos oficios de la Srta Ravouna. ¿A que horas comeremos, Jacques?

—Son las seis. . . . A las siete.

—Pues bien, prosiguió el Comandante. Estamos á las órdenes de Ud. querido Señor Volanabé para ir á presentar á su familia nuestros respetos. A las siete vendremos á comer, fumaremos una pipa y á dormir. ¿No está bien, Doctor?

—Sábiamente pensado, respondió Lerbon.

—Pues yo, dijo el intérprete, si no me necesitan Udes, voy á ver á algunos amigos antes que entre la noche, y además, agregó al oído del Comandante, sospecho que anda por aquí el bribón que robó los perros de acuerdo con mi mujer. Mañana temprano volveré.

—Hasta mañana, le dijo de Chamont estrechándole la mano, y volviéndose á Volanabé le preguntó: ¿Y Ud. vive lejos de aquí?

—No. aquí enfrente, en la quinta casa á la izquierda. Vamos?

—Vamos.

La casa era más grande que el alojamiento del Comandante, y los muebles menos escasos. Cuando entraron los viajeros, aunque acababa de oscurecer, ya la sala estaba iluminada por una lámpara de petróleo que acababa de colocar sobre una mesa una joven de quince años lijamente vestida.

Cerca de ella, otra joven apenas de mas edad, con ojos aterciopelados, facciones regulares y el cuerpo robusto, envuelta en un peinador de indiana muy escotado, vigilaba esta operación con ansiedad.

Frente á un espejito colgado de la pared entre dos cromos, otra mujer bella y elegantemente vestida, también con un peinador, se ocupaba en anudar sus cabellos.

No hubo presentación pero era fácil reconocer que la dama robusta era la esposa; la que se



peinaba Ravouna y la que arreglaba la lámpara la hermana menor.

—¡Petróleo en Ambohimarina! dijo el Comandante.

—Oh! yo amo el progreso, exclamó Volanabé avanzando para ayudar á su cuñadita.

Esta dejó la lámpara y corrió á refugiarse á un rincón sombrío, la Sra. Volanabé de pronto sorprendida y asustada por la aparición súbita de los viajeros, permaneció unos momentos con la fisonomía inquieta pero reponiéndose pronto hizo un gracioso saludo.

Ravouna apresuró su tocado y vino con decisión á tender su mano, orgullosa de poder decir en francés.

—Buenos días, Señores, buenos días.

Tenía preciosas manos en verdad esta chica salvaje, de ojos negros y facciones correctas y el Doctor parecía verla sin disgusto.

Entre tanto Volanabé que había logrado poner á punto la altura de la mecha, llamó á la niña y después de tranquilizarla con palabras afectuosas, le dijo que ofreciera sillas á los viajeros.

Se trajeron seis sillas y colocadas en círculo tomaron asiento, las damas de un lado, y los caballeros del otro, como en Francia. Después de un breve silencio empleado por ellas en observar á los recién venidos, preguntó el Comandante.

—¿No habían visto nunca blancos?

—Nunca, dijo Volanabé.

—Sí. . . dijo Ravouna: el Mayor. . .

Pero su cuñado le cortó bruscamente la palabra.

—Vieron ingleses hace mucho tiempo.

Después dijo un hova algunas palabras á Ravouna que se levantó y fué á traer vasos y una botella de vermouth.

En estos momentos, aprovechando el lugar que quedaba vacante cerca del Doctor, la niña se acercó á éste lentamente con aire interrogativo y se arriesgó á tocar la cadena del reloj con la punta del dedo. El Doctor queriendo sacar el reloj con todo y cadena para enseñarlo más bien, sacó casualmente á la vez un luis de oro, que rodó por el suelo.

La niña y Ravouna se lanzaron en su persecución, pero fué Ravouna la que lo recogió.

—¡Qué lindo! exclamó: ¿y es de oro, pero de oro?

Oro puro, contestó el Doctor.

—Aquí, dijo el cuñado no nos servimos más que de la plata y por eso la sorprende.

—¿Y cuántos pesos vale? preguntó Ravouna.

—Cuatro.

Ella vaciló un poco, pero no pudiendo resistir á la tentación, tomó una mano á Lerbon y le dijo con voz acariciadora y suplicante:

—¿Me la regalas?

Aunque el Doctor no había soñado en hacer obsequio de esa naturaleza á una joven noble sobre todo después de la recomendación de Volanabé, rogó á la joven la aceptase como un recuerdo.

Las otras dos habrían deseado obsequio semejante y eso se leía en sus ojos hasta que Volanabé con su excelente corazón vino en auxilio de la pequeña.

—Sabe usted? dijo el Comandante: la pobrecita quiere también un recuerdo. No es por el dinero, sino por guardar.

Bien habría querido pedir para su mujer, pero no se atrevió muy á pesar suyo. Mas tarde se le presentaría la ocasión.

—Toma; dijo el Comandante á la niña.

—Recíbelo y dale un beso al Comandante, dijo Volanabé en francés y en hova, en tanto que su esposa muy preocupada se preguntaba cómo lo haría para tomar su parte en las larguezas de los extranjeros. Luego llamó á su esposo y le habló al oído en secreto.

La niña se acercó lentamente al Comandante, y después de golpe depositó un beso en su mejilla, beso frío, rápido, fugitivo; dado de orden superior que dejó á de Chalmont una impresión desagradable.

Tenía prisa de dejar á esta familia tan poco interesante y presa de su disgusto se levantó bruscamente y dijo al Doctor.

—Le parece á usted que nos vayamos? Ya es hora.

Aunque el Doctor no parecía tener la misma repugnancia que su amigo por las caras negras, y conversaba amigablemente con Ravouna se levantó en el acto.

—Cuando usted guste, dijo.

—Cómo! exclamó Volanabé. Se van ustedes? Y el vermouth?

—Gracias. Ni el Doctor ni yo lo tomamos nunca. La misteriosa señora de Volanabé se acercó de nuevo al oído de su marido, y le dijo algunas palabras.

—Entremos, añadió éste, es preciso que acepten ustedes algo de mi casa. Dice mi mujer que va á hacer un poco de arroz y se los llevará para los postres.

—Es usted muy amable y su esposa también, pero que no se moleste.

—Sí, sí; insistió Volanabé. No debe usted rehusar. Si no puede estar listo para los postres le estará para el desayuno de mañana.

—Como ustedes gusten, dijo despidiéndose el Comandante á quien desagradaba esta obsequiosa rapacidad.

—Y descontento y entristecido sin saber por qué, arrastró al Doctor detrás de sí.

Aun no habían dado las ocho y ya los dos viajeros habían acabado de comer, melancólicamente iluminados por dos velas hundidas en el cuello de otras tantas botellas vacías.

De Chalmont dejó su escabel, se puso una capa, deslizo un revolver en su bolsa y declaró que iba á fumar su pipa á la calle; pues no tenía ganas de acostarse. El Doctor prefirió seguir en casa para apuntar en su diario, dijo, numerosas observaciones que tenía pendientes.

Afuera la noche estaba sombría, sin luna; negra en la tierra entre las calles estrechas pero luminosa en el cielo que no volaba nube alguna. Un ligero vapor que subía del suelo, esparcía en la atmósfera una dulce frescura de rocío; raros transeuntes se deslizaban silenciosamente á lo largo de las casas, con sus pies desnudos. De Chalmont observó que sin embargo de estar cerradas ya todas las casas la de Ravouna estaba abierta; y ya había pasado, cuando volvió la cabeza y distinguió á alguien, hombre ó mujer que salió escapando y siguió un camino opuesto al suyo.

De Chalmont siguió su paseo resuelto á ir hasta el término de la calle y volver sobre sus pasos para no extraviarse. Pronto cesó de haber casas á los lados y la calle se convirtió en un sendero estrecho que conducía evidentemente al punto más alto de la aldea, donde debía estar la batería de cañones de que había oído hablar, y acerca de la que se le había dicho que orgullosos de ella los hovas no permitían que se le acercara ningún extranjero. Pues él iba á acercarse! Conforme iba subiendo aumentaba la claridad en torno suyo y distinguía mejor los objetos en el espacio descubierto; vió sentado sobre una piedra á un soldado hove dormido al parecer, con el fusil colocado sobre las rodillas y pasó junto á él sin despertarlo, pero no pudo avanzar mucho á causa de un pretil que bordeaba un abismo. Siguió costeándolo y llegó á un talud que tenía escalones de piedra; y más arriba y del otro lado, absolutamente escondida de la vista llegó á una casa de madera, adornada con persianas verdes, precedida de su jardincito y cuya modesta coquetería causaba admiración en este país. Por una ventana del primer piso se escapaba un haz de luz muy viva. El Comandante se detuvo aunque le habría sido fácil aproximarse pero ¿para qué? Vacilaba, pues, cuando un perrito saltando por la ventana se puso á ladrar y entonces pensó que acaso el soldado despertando y distinguiendo su silueta podría cazarlo, por lo cual era preferible avanzar resueltamente, entrar en la casa y explicar su presencia del mejor modo posible. Con esta idea avanzó hacia la ventana iluminada y cuando ya llegaba la puerta se abrió y apareció en el dintel una joven que sostenía en la mano una lámpara cubierta por una pantalla de blondas verdes.

De Chalmont estupefacto se detuvo: la joven era blanca! Sí, blanca y. . . ¡qué blancura! De esa que no ha sido maltratada nunca por el viento ni por el sol y cuyo brillo aún no empaña caricia violenta alguna; de esa blancura sonrosada de la salud, sobre la que resalta el carmín de los labios que al través de las sonrisas dejan entrever otra blancura: los dientes:

Era linda? Acaso no; pero seductora sí que es mejor; seductora por su tez, por sus espesos cabellos rubios, por su talle esbelto, por su seno opulento, por sus brazos mórbidos, por sus manos delicadas, por mil detalles que se imponían al primer golpe de vista. Acaso su nariz no era perfecta ni tampoco el óvalo de su cara; sus ojos grises, verdes tal vez, habrían debido ser franca-

mente negros ó azules pues daban á su fisonomía algo de indeciso y cambiante.

Así sería su alma?

Parecía muy joven; á lo más diez y siete años.

Por un instante estuvo asustada al ver surgir un hombre de las tinieblas; pero reconociendo que era de su raza y no distinguiendo las insignias del Comandante, sonrió y dijo en francés:

—¿Qué hace usted por aquí á estas horas, quién le autorizó?

De Chalmont dió algunos pasos hácia la puerta y descubriéndose, contestó respetuosamente:

—Señorita: siento mucho haber causado á usted alguna sorpresa y le pido perdón. Pero temo que los ladridos de este perro despierten al soldado hova ¡estaba tan dormido! Perdóneme usted, pero en efecto no tengo autorización para venir.

—Pues entre usted y ocúltese pronto. Está prohibido venir aquí y si alguien ve á usted, podrá pensar el Gobernador que está usted en connivencia con mi padre.

Entraron pues en un aposento arreglado con gusto y sencillez, cerró la joven la ventana y volvió á la puerta desde donde exploró el horizonte con cuidado.

Una vez tranquilizada, volvió con el perrillo que seguía todos sus movimientos, cerró la puerta exterior y abriendo otra que comunicaba con departamentos interiores, llamó dulcemente:

—Papá, papá!

No se oyó ninguna respuesta.

—Duerme, dijo ella. ¡Pobre de mi padre! Ha sufrido tanto hoy que no me atrevo á despertarlo á menos que tenga usted algo importante que comunicarle.

—No le despierte usted, dijo de Chalmon, dominado por el encanto de esa voz joven y fresca de inflexiones tan armoniosas y que se expresaba en correcto francés. Luego agregó:

—Solamente la casualidad me ha conducido aquí, casualidad que bendigo, pues ignoraba que en este país habitasen compatriotas míos. A saberlo, habría venido antes.

—No somos franceses, mi padre por lo menos; yo si puedo reclamar ese título, pues nací de madre francesa en el Canadá. Mi padre es inglés y se llama el Mayor Stephenson, yo me llamo Nelly.

—Yo Juan de Chalmon, dijo el oficial. . . Y el Señor su padre de usted está al servicio de los hovas?

—Podría ser, contestó la joven con embarazo. Tiene enemigos en el Canadá y grandes tristezas. . . Yo perdí á mi madre. . . Papá enfermo de gota y viejo y cansado no tenía ya esperanzas de prosperar; y como se le había dado una larga licencia y se le ofreció venir aquí, vino para revisar las baterías y reconstruir los fuertes, pero no instruye á los soldados. En Francia como en Inglaterra construyen barcos y cañones para otros países y mi padre levanta fortificaciones. Es decir, las construiría si se le dieran los medios y si los hovas que creen tener la ciencia infusa le oyeran mejor: pero se desconfía de él y tiene aquí muchas contrariedades lo mismo que en Tananarine de donde venimos. Oh! si supiera usted lo que es este país? espero que lo dejaremos pronto.

—Pronto? preguntó con presuroso interés el Comandante.

—Lo más pronto posible, pero no sé cuándo. ¡Depende de tantas cosas!

Luego mirando bien al oficial, sonrió y le dijo con ingenuidad:

—¡Qué extraño es y qué agradable encontrar aquí un europeo y de la buena sociedad. . . ! Pero usted me ha sujetado á un verdadero interrogatorio sin exlicar por su parte cómo es que vino hasta esta casa. Vamos, ya escucho. No sabía usted que hay un fuerte en la población? Un fuerte muy débil é inofensivo, de lo cual me felicito, y aún pienso que si los hovas lo ocultan tanto, es para hacer creer que es terrible. No sabía usted que desde hace cerca de un mes habitamos aquí mi padre y yo?

—Tengo el sentimiento de decir, señorita, que lo ignoraba absolutamente.

—Pues bien, yo ya sabía que vendría usted á Ambohimarina, porque los hovas han hablado mucho de esta visita y decidieron que durante ella, mi padre y yo permaneceríamos confinados en nuestra fortaleza, lo cual me tenía muy afligida.

(Continuará)

## PAGINAS DE LA MODA



FIG. 1—GRUPO DE TOILETTES PARA LA ESTACIÓN

## Lecturas para las damas.

## EL LUJO

Desde tiempo inmemorial se ha escrito en todos los tonos, recorriendo la gama musical, desde el más alto hasta el más bajo, anatematizando el lujo inmoderado como una plaga social; pero todos se han ocupado casi siempre, del sexo débil, sin acordarse del sexo fuerte; es decir, de los que usan bigote y perilla, y esto, no podemos menos que confesarlo, en una injusticia.

Nos explicaremos.

Se dice que el lujo en las mujeres es una plaga, una gangrena social, y los que esto han dicho han acertado una verdad palmaria: como vulgarmente se dice de tomo y lomo; pero nos atrevemos á preguntar ¿el lujo en los varones no es una plaga tan funesta como la primera? Indudablemente que sí, y para probarlo diremos algunas verdades que, aunque amargas y dolorosas, no por eso dejan de ser verdades.

Apenas un niño deja de serlo porque piza los dorados umbrales de la juventud y abandona la escuela, aunque su instrucción sea nula é insuficiente para pasar á un seminario, á un liceo, á una oficina, á una casa de comercio para comenzar, si así puede llamarse, su vida pública, cuando algunos padres de familia sin ponerse á reflexionar lo que hacen, y los males que causan á sus hijos, procuran rodearlos de toda clase

de comodidades aunque sus recursos sean limitados y muchas veces tengan que hacer penosos sacrificios para que vistan con elegancia. Sustituye la chaqueta ó el saquito de lienzo con el aristocrático flux de casimir francés ó con la levita pasada de rico paño y el sombrero de seda.

La transformación se completa, y el niño se convierte, sin haberle costado ningún trabajo, ni alguna clase de sacrificio, en un *dandy*; es un joven elegante.

Desde ese momento el adolescense se cree un hombre de provecho y aunque sea más cobarde que una gallina, se juzga más valiente que un Cid; y aunque sea más tonto que Bertoldino se cree más sabio que Cicerón.

Su máxima es «que el traje hace al monje», y como se ve elegantemente vestido piensa que todo lo merece y es acreedor á toda clase de consideraciones.

Este modo de pensar, esta ceguera son funestos y labran su completa ruina. Llega al fin un día en que el padre, la madre, y hasta la hermana, que han trabajado de día y de noche para sostener á un haragán á un pillo ó á un perezoso de marca mayor, lo abandonan á sus propios esfuerzos. ¿Qué sucede entonces? Que el joven, sin poder trabajar, se acostumbra á vestir con un lujo que no puede sostener y se convierte en un jugador, en un caballero de industria, en un estafador ó en un ladrón de primer orden.

Vestir modestamente es para él una deshonra y procurar sostener el lujo á que lo acostumbraron, aunque el mundo se desquicie, acabando por ir á termi-

nar su existencia en un hospital, en una cárcel ó hasta en un patíbulo.

¿Qué responsabilidad tan grande para los padres que sacan á sus hijos de la esfera social en que nacieron y los acostumbraron á un refinamiento, á un lujo inmoderado!

¿Y cuál es la recompensa que muchos padres inconsiderados acausan por su funesta ceguera? Que muchas veces sus hijos los niegan y se avergüenzan de decir que son los autores de sus días, porque siendo unos humildes obreros ó unos campesinos honrados, no van vestidos como ellos.

Pensad; padres de familia, las verdades que acabamos de acentar; dejad que los vuestros se vistan con decencia y hasta con elegancia, si les cuesta su trabajo; pero huid del lujo inmoderado, que tanto en el hombre como en la mujer, está conduciendo á su completa ruina á la presente generación. El lujo es una llaga, una gangrena social de que los hombres sensatos deben libertarse como de una peste contagiosa.

J. S. DE ANA.

## A UN AMIGO QUE SE CASA.

Mi querido Luciano: recibo la noticia de tu proyectado matrimonio, y te felicito.

Cásate, yo te lo aconsejo. ¡Bendito sea el matrimonio!



FIG. 2—TRAJE DE FOULARD.

Conozco á tu prometida, joven recomendable, bien instruida en las labores de su sexo, y que no aprta capital alguno al matrimonio.

Tú también eres un chico instruido. Hace dos meses terminaste tu carrera, y dispones de un sueldo anual de 3,000 pesetas. Pero en las aulas no te han enseñado lo que gasta un matrimonio de tu clase y de las necesidades de que tú y tu prometida estáis acostumbrados.

Y quiero que lo sepas, para que seas un buen ad-



FIG. 3—ELEGANTE MODELO DE ESTÍO.

ministrador de tu casa y la felicidad de tu hogar no sea mermada por la falta de harina.

Tú no sabes que rara es la semana en la que en una casa no se rompe el tubo del quinqué, la sopera ó la botella del vino, llena por supuesto; ni el gasto que supone salir á dar una vueltecita por el Prado y volverse á casa, ni otras muchas cosas que debieran enseñarte con preferencia al latin y á la literatura preceptiva, para que el hombre no estuviera en las Batecas durante los mejores años de su vida.

Ahora bien; como amigo que te aprecia lo que á un hermano, voy á ponerte de manifiesto el gasto diario, mensual y anual de una familia compuesta tan solo de marido y mujer, con una criada que se aviene á todo, incluso lavar, planchar y demás.

Supongo que la salud de ese matrimonio está á prueba de bomba y para nada necesitan del médico ni de la botica. Supongo que no hay sucesión, que ja más tienen que hacer viajes, ni van al teatro, ni a café ni á nada que cueste un céntimo.

¡Cuidado que es suponer!  
Y fíjate en la terrible realidad del dos y dos son cuatro.

GASTO DIARIO

PESETAS.

Desayuno.

Chocolote de cinco reales la libra y para tres..... \$ 0,41  
Y no pienses en que la doméstica aproveche para su desayuno nada del día anterior, porque no lo hará así la maten.

Almuerzo.—Dos platos y ensalada.

Un plato ligerito de legumbres ó verdura... 0,50  
Otro de carne, acompañada de guisantes, tomate ó patatas; siempre aprovechando lo que dé la estación..... 1,30  
Te suprimo el postre que es cosa rara en invierno; pondremos una ensalada á gazpacho..... 0,10

Comida.—Cocido, principio y postre.

Garbanzos..... 2,25  
Carne..... 0,75  
Chorizo..... 0,25  
Tocino..... 0,20  
Sopa..... 0,10  
Verdura..... 0,15  
Principio..... 1,00

Por aquello de poder decir que comes principio; porque, chico, con una peseta pocos calamares y langostinos comprarás.

Postre..... 0,20  
Pan y vino para ambas comidas..... 0,85

Gastos generales del día.

Cordilla para el gato..... 0,05  
Este renglón no lo suprimas. Si alimentas al gato con el sobrante de la mesa, que sobrará poquito, se hará ladroncillo y te dejará sin cena el día menos pensado. Tampoco debes suprimir el gato; más caro te saldrá si los ratones se meten con la ropa.  
Tabaco para tí y fósforos para toda la casa.... 0,30  
Imprevistos.—Este es el renglón terrible, y sin embargo solo pongo..... 0,30

Sumemos..... 6,71

Pesetas 6,71, que multiplicadas por 30 días hacen un gasto mensual de..... 201,30

A las que hay que añadir los gastos generales del mes.

Alquiler de habitación modesta, cerca de tu oficina..... 50,00

Ya sé que las hay más baratas, pero están separadas del centro, y lo que ahorras en habitación lo gastarás en tranvía ó suela.

Criada..... 15,00

No sé si podrás encontrarla por ese precio y que sepa planchar y guisar. Lo que si sabrá será alimentar á su familia ó á su novio á tu costa, beberse el vino, quitarte los pañuelos, la paciencia y hasta la esperanza de tu salvación tal vez.

Alumbrado y calefacción..... 25,00

Aquí entra todo el carbón, tanto el de la cocina como el del brasero ó estufa; el tubo, que se rompe con una frecuencia irritante, ó lo rompe la criada por tener un pretexto para salir anocheado, que es su hora predilecta; velas, lamparilla para la cocina, farol de la escalera, la semana que te corresponda en turno, etc. etc.

Calzado para tí y para tu mujer..... 10,00

Vestido para tí..... 10,00

Id. para ella..... 15,00

Se que lees los periódicos..... 1,50

Gastos de correo y escritorío..... 2,00

Jabón..... 4,00

Es muy poco para lavarlo todo pero vaya por: si hay alguna partida que encuentres excesiva.

Reposición de vajilla rota..... 2,00

Ya verás qué manitas tienen las criadas de 15 pesetas.

Gasto total al mes..... 335,80

que por 12 dan el gasto del año: pesetas 4029,60. A las que sería una falta de previsión no aumentar siquiere 60 pesetas para entretenimiento de ropa blanca mobiliario, esterar, desesterar y otros gastos.

De aquí resulta que para continuar de casado tratándote como de soltero, ó algo peor, necesitas pesetas 4.089,60 siendo así que tú solo dispones de 3.000.



FIG. 4—TRAJE DE FOULARD PARA CALLE.

Diferencia: 1 089,60. Pero que no valga lo dicho. Tú puedes hacer que la misma familia de tu novia, juntamente con ésta, ponga el visto bueno á esta nota de gastos. Llegas esta noche á casa de tu amada, sacas el *The Patent London*, etc., y como quien da poca importancia á la cosa, empiezas á leer el plan de vida que propone uno. Al oír la cantidad de algunos renglones, dirá la mamá: "¡Jesús qué miseria! ¡Valiente comida! ¡Con una peseta, vaya un principio que podrán poner para tres!"



FIG. 5—TRAJE NEGRO DE PASEO.

LA MUJER AMERICANA.

La he corocido aquí, en la madre patria, engalanando algún salón aristocrático, ó sentada muellemente en un *café*; la he visto de cerca y de lejos, siempre encantadora, espiritual, interesante, atrayendo con esos ojos vivos y brilladores que reflejan el sol de los trópicos.

Las mujeres americanas tienen algo indudablemente que se identifica conmigo

Yo no sé qué extraño ó inexplicable estremecimiento se apodera de mí cuando estrecho la mano de una criolla. Se me antoja pulsar las fibras de su corazón, siento el vértigo del placer.

Las mujeres de América son el hermoso complemento de ese mundo lleno de flores, y de luz, y de aromas, que tiene por techumbre un cielo puro y claro, por suelo un vergel y por albergue dorados palacios llenos de mármoles, saturados de esencias, ahitos de lujo.

Todo esto puedes apreciar, mi querido amigo, mejor que yo por todos conceptos: has nacido en la Habana, y la imaginación fecunda y brillante que te ha conquistado aquí y allende los mares muy justa fama de novelista, te hace penetrar, con el antejo de



Y cuando leas que se destinan 15 pesetas para vestirse la esposa, pondrán el grito en el cielo, llamándote tacaño y miserable. Tú no les llesves la contraria y sigue la lectura callando las suma parciales. Ellas te irán haciendo bueno lo que deo anotado. Cuando sumes y digas que el total asciende á 4 089 60 pesetas y recuerden que tú solo dispones de 3 000 habrá *mutación*: cambio de aspecto y de tono en la mamá, la cual te dirá que... *sin embargo*, una mujer de su casa, de una peseta hace dos; que con cuatro trapitos



hace más que otras con un bazar, y por último, ¿cómo se arreglan otros?

A esto pueden contestar los usureros, las casas de préstamos, los libros de deudores en los establecimientos abiertos al público, los sablazos á los amigos, las irregularidades cometidas en centros y oficinas del estado y toda la serie de inmoralidades que transforman al hombre honrado en canalla. Y vuelvo á repetirte que no predico contra el matrimonio. Te recomiendo que te cases como manda muy sabiamen-



te la Santa Madre Iglesia. Esta lista de gastos sólo quiere enseñarte que si llegas á jefe de familia debes reducirlos de manera que no lleguen á las 3,000 pesetas. Para ello no te avergüences de decir á tiempo "no tengo" "no puedo" ni de que te vean comer unas patitas guisadas, ni de ostentar orgulloso un remiendo en los pantalones y un sombrero de moda atrasada. Este consejo es el mejor regalo de boda que puede dedicarte tu mejor amigo.

M. G



larga vista de tu talento, en todos los detalles de encanto sorprendiendo lo bello en sus más inadvertidas manifestaciones.

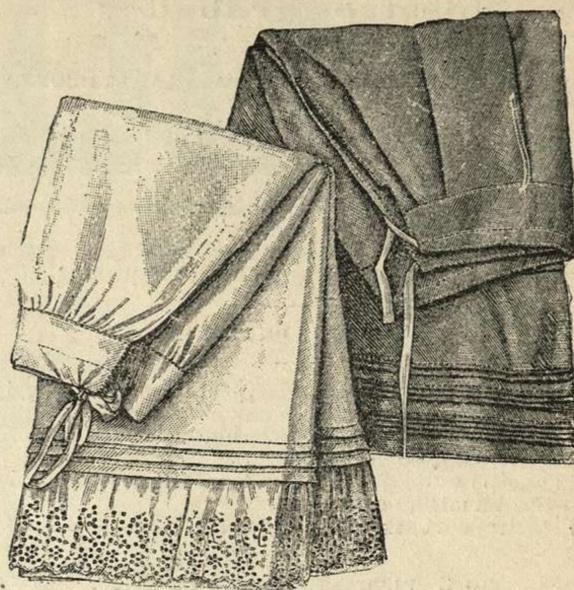
Nada ha podido escaparse á tu fantasía, nada que no haya transmitido tu pluma con riqueza de colorido.

Lo sé y apelo á tí, á quien llevó la toga á Puerto Rico y á la Habana para desempeñar los más elevados cargos de la magistratura, para que me digas y de paso se enteren aquellos de mis lectores que por acaso lo ignoren, qué es la mujer puerto-riqueña y la cubana.

Preséntame pues, el tipo más acabado de esa bella y graciosa isleña nacida en la tierra que forma uno de los pedazos más queridos de la patria, y bajo los pliegues del pabellón que no pudieron abatir los colosos del mundo y saludara con cariño de padre á los habitantes de América llevándoles el progreso moderno, la civilización y el cariño de un pueblo grande y generoso que tiene siempre los brazos abiertos para sus hijos.

Yo he soñado tan sólo á la mujer puerto-riqueña de un modo imperfecto, limitado mi espíritu por los estrechos horizontes de mi pobre imaginación, encerrado en el pequeño círculo de su vuelo, que no logra elevarse á las altas regiones de lo ideal desde donde puede apreciarse y conocerse á las mujeres americanas.

Y cuenta, Guerrero, que no es pasión de america-



nista, y de americansita joven y hasta soltero, es culto á la verdad de cronista, de testigo presencial é imparcial de las bellezas americanas.

RECETAS UTILES

POMADA PARA BLANQUEAR LAS MANOS Y LA CARA

Tomar:	
Miel fina.....	250 gramos.
Jabón blanco de Marsella raspado....	200 "
Blanco de ballena, fresco.....	50 "
Benjuí.....	30 "
Storaque.....	15 "



Mezclar esas sustancias en frío en un mortero de marmol, y en su defecto, en un vaso de porcelana, procurando obtener un producto perfectamente homogéneo. Cuando la pasta esté bastante amasada y compacta, se dibidirá en pastillas ó tablillas, poniéndolas á secar en sitio caliente.

Se emplea de la misma manera que los jabones perfumados.



FIGURAS DEL 7 AL 15—UNA PLANA DE TRAJES PARA BEBÉS Y UN TRAJE DE PRIMAVERA PARA SEÑORITA

## Nuestros grabados

FIG. 1.—GRUPO DE TOILETTES PARA LA ESTACIÓN.

Nuestras lectoras pueden escoger un bonito modelo entre esos cuatro que les ofrecemos y que están en gran boga en la actualidad.

El primer modelo es de un entero estilo sastre, con jacquet de primorosa hechura.

Los otros tres constituyen variaciones más ó menos originales de los figurines que damos al principio.

FIG. 2.—TRAJE DE FOULARD.

La falda es de Foulard completamente lisa, gris acero, sin otro adorno que una cinta de tafetán que forma ángulo en el frente de la blusa y rodea toda la parte posterior de la misma.

El cuerpo es de guipure con las mangas y basquiña de seda del mismo color que la falda.

Elegante corbata, última novedad.

FIG. 3.—ELEGANTE MODELO DE ESTÍO.

Todo el adorno consiste en cadenilla sobre seda acordonada azul pálido.

Cuerpo blusa con drapería de satín azul obscuro.

Plastrón muselina de seda blanca acordeón.

FIG. 4.—TRAJE DE FOULAR PARA CALLE.

El efecto de este modelo es de que tiene doble falda gracias á la disposición de los volantes.

El cuerpo tiene un yoke y mangas de guipure en tanto que el corpiño es de seda plissé.

FIG. 5.—TRAJE NEGRO DE PASEO.

De seda negra con gran aplicación de muselina de seda, á tres grandes volantes. Aplicación segunda de bordado.

Bolero ligeramente figurado por la propia aplicación de muselina de seda.

FIG. 6.—TOILETTE DE DIAS DE CAMPO.

La falda es completamente lisa, de satín.

La especialidad está sólo en el cuerpo que tiene una gran aplicación de muselina de seda acordeón, con cinto y collar de blina.

FIGURAS DEL 7 AL 15.

Una plana de trajes para bebés, para niños de 3 á 5 años, y un encantador traje de primavera para señorita, hecho de muselina, figurada con hermosas aplicaciones de doble volante y plastrón de guipure.

Nuestras lectoras podrán hallar en esa plana, algunas muestras de labores para casa.



FIG. 6.—TOILETTE DE DIAS DE CAMPO.

## LA CARICATURA EN EL EXTRANJERO

(VEASE LA EXPLICACIÓN DE NUESTROS GRABADOS)



ESPAÑA (dirigiéndose á Francia) Caramba! Al fin y al cabo, y al paso que vas, te quedarás como yo.  
(Der Floh, Viena.)



EL JAPON.—Pobre gente esa! Qué trabajos se están tomando para prepararme la conquista de las Filipinas.  
Fischietti.

Fischietti.



EL GATO AMERICANO Y EL RATÓN ESPAÑOL.

(Der Floh.)



EL GRANTURCOY CRETA.—EL TURCO: La vieja Europa está muy entretenida y puedo darme gusto con estos cristianos.

(Der Floh.)



EL PERRITO SALISBURY.—God-dam! maldita la gracia que me hace esto de llevar sobre el lomo un loco como Chambe lain.... tan universal.

(Der Floh.)